

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

https://archive.org/details/estudios1516unse_0

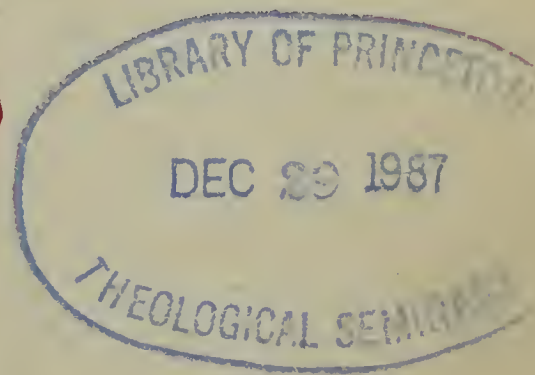
LAP

ESTUDIOS

OSVALDO LIRA: "SOLOVIEV Y LA MISION DE
RUSIA". — GIOVANNI PAPINI: "PALABRAS A
LOS RICOS". — ENRIQUE GONZALEZ ILABA-
CA: "LA EPOCA DEL PROGRESO". — RAFAEL
MORALES: "AGONIA DEL TORO" (SONETO).
— IGNACIO VERGARA: "ENSAYO SOBRE EL ES-
PIRITU ROMANO". — CRISTAL DE LIBRERIA.

LA AGUJA DEL TIEMPO: Lo que Roosevelt prometió en
Yalta a Stalin. — La propaganda comunista en China. —
Paz en Europa y paz en el mundo. — Los protestantes en
Cuba. — Marshall pesimista. — La Cristiandad en el Japón. —
Los Derechos del Hombre. — Hungría bajo la opresión comu-
nista. — El pueblo húngaro y la paz impuesta. — La religio-
sidad de Goya.

169 - 170



E S T U D I O S
Mensuario de Cultura General

Director:
JAIMÉ EYZAGUIRRE
Sub-Director:
JULIO PHILIPPI
Casilla 13370
Santiago de Chile

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN EL PAIS	\$	85.—
" " " " EXTRANJERO	Dólares	3.—
NUMERO SUELTO	\$	8.40
" ATRASADO		9.—

AÑO XV — Nos. 169-170

FEBRERO-MARZO DE 1947

"SOLOVIEV Y LA MISION DE RUSIA", por Osvaldo Lira, pág. 3. — "PALABRAS A LOS RICOS", por Giovanni Papini, pág. 29. — "LA EPOCA DEL PROGRESO", por Enrique González Ilábaca, pág. 33. — "AGONIA DEL TORO" (Soneto), por Rafael Morales, pág. 38. — "ENSAYO SOBRE EL ESPIRITU ROMANO", por Ignacio Vergara, pág. 39.

LA AGUJA DEL TIEMPO: Lo que Roosevelt prometió en Yalta a Stalin, pág. 53; La propaganda comunista en China, pág. 55; Paz en Europa y paz en el mundo, pág. 59; Los protestantes en Cuba, pág. 61; Marshall pesimista, pág. 64; La Cristiandad en el Japón, pág. 64; Los Derechos del Hombre, pág. 65; Hungría bajo la opresión comunista, pág. 66; El pueblo húngaro y la paz impuesta, pág. 67; La religiosidad de Goya, pág. 67.

CRISTAL DE LIBRERIA: "Antología Poética", de Francisco Luis Bernárdez, pág. 70; "La corteza terrestre", por Carroll Lane Fenton, pág. 71.

LIBROS NUEVOS

DESTACAMOS 3 OBRAS

1

LOS GRANDES POETAS. Antología Poética Universal. Selección de Francisco Galano. Sensibilidad poética contemporánea, respeto por los grandes valores líricos del pasado y fidelidad en las traducciones son tres grandes condiciones notables de este libro. Nadie captó hasta ahora, como Galano, el sentimiento poético de tantos pueblos simultáneamente, ni nadie logró, como él, una clasificación natural y feliz de la producción poética, de acuerdo con las grandes fuentes del sentimiento humano. Quinta edición. \$ 80. De lujo: \$ 150.

EL VIAJE DE MOZART, por Eduardo Morike. "Narración sentida, humana y profundamente artística", en un hermoso volumen rojo de Biblioteca Zig-Zag. \$ 10.

REDACCION COMERCIAL, por E. Moya Carón, Sexta Edición. Un libro indispensable para todo oficinista, cuya excelencia se revela elocuentemente en la gran demanda de sus ediciones anteriores. \$ 30.

VIGILIA DE HEROES, por Oficial X. Aventuras de la reciente guerra, captadas con acierto en un volumen ultramar de Colección La Linterna. \$ 10.

2

LEVIATAN, por Julien Green. Por esta obra ha sido conceptuado el autor como el más grande novelista francés contemporáneo. Una historia llena de violencia humana, de dolorido sentir, de pasión oscura, traducida por J. M. Souviron. \$ 50.

EL AHIJADO DE FERSEN, por H. M. Dorriac. Última obra de la delicada colección de novelas especialmente editada para la mujer joven: Colección Mi Libro. \$ 10.

3

LA GRAN EXPERIENCIA DEL PACIFICO, por Armando Zegrí. El único chileno que entró a Tokio con el General Mac Arthur, narra en estas páginas la caída de un imperio que parecía incommovible. El estilo ágil y ameno, el valor del testimonio inmediato y personal, en manos de un periodista sagaz y observador, dan a este libro la primera categoría entre nuestras obras de actualidad. \$ 50.

Despachamos contra reembolso al interior, sin gastos de franqueo para el comprador. En todas las buenas librerías.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

Casilla 84-D

Santiago de Chile

SOLOVIEV Y LA MISIÓN DE RUSIA

Mucho ha llovido sobre Rusia desde que Soloviev la estudió en sus relaciones con la Iglesia Universal.

Lo que en justicia podríamos llamar la aventura rusa, o sea su incorporación más o menos efectiva a la civilización occidental, constituye en su hondo y gigantesco dramatismo uno de los episodios históricos más emocionantes por que ha debido pasar jamás nación alguna. Es la epopeya de un gran pueblo que, europeo de raza y cristiano de religión, se ve, no obstante, por diversas circunstancias de clima espiritual, privado de toda comunicación con sus hermanos de raza y religión occidentales; más cultos, progresistas y emprendedores. Su filiación bizantina en el orden religioso, y, en el político, la lucha secular por la hegemonía entablada entre el Norte y el Sur, entre Moscú y Kiev, actúan como muralla infranqueable que impide al pueblo ruso alzar la vista por encima de sus fronteras para dirigirlas hacia el Occidente. Con la decisión de la lucha en favor de Moscú y la consiguiente unificación de la nación moscovita en tiempos del zar Alexis bajo la égida de la que, andando el tiempo, habría de ser por antonomasia la ciudad del Kremlin, no llega a despejarse por entero el ambiente, aunque se había ya dado un gran paso en este sentido; quedaba aún por resolver el problema religioso. No llegó a advertirlo el hijo del zar Alexis al lanzarse, con la precipitación y vehemencia con que se llevan siempre a la práctica los deseos largamente contenidos, por el camino de una occidentalización que él creyó integral; no advirtió que toda etapa de extraversion colectiva supone resuelto el más fundamental de todos los problemas, que es el religioso, y que, por dejarlo en suspenso con su institución del Santo Sínodo, terminaría por venirse al suelo su colosal empresa política.

Para la nación, mucho más aún que para los individuos, ser equivale a hacer. Cuando la persona individual deja de actuar, le queda por lo menos el recurso de refugiarse en su condición de substancia, que a su vez encuentra asegurada

su vigencia en el existir, desde que persiste en su seno la actividad vegetativa. El caso de la nación, empero, es muy distinto. La nación es un todo moral, no físico como creyeron Hegel y Spengler. Su existencia se nos aparece así, bajo su aspecto ontológico, como de orden puramente accidental, viniendo a consistir, al fin de cuentas, en la unidad brotada de la convergencia de entendimientos y voluntades —de almas, en una palabra— en torno al mismo ideal. Ese carácter de accidente le impone hallarse en continua actividad, porque si el acto correlativo de la esencia sustancial es la existencia, el que corresponde al accidente es la operación. Podemos dejar inactiva a nuestra esencia humana por las condiciones que la afectan, como a todas las esencias, de inmutabilidad y necesidad; pero para la nación, inactividad suena lo mismo que muerte. Esa es la razón por qué a la etapa de unificación nacional sucede siempre otra de aspiraciones imperiales. No se pueden dejar inactivas fuerzas nacionales puestas ya en tensión. No podía Rusia en modo alguno constituir excepción a esta regla. Por eso, cuando el imperioso zar Pedro juzga suficientemente unido a su pueblo, no vacila en hacérselo sentir al Occidente, a ese Occidente que ante sus ojos ávidos se presentaba como dechado de civilización y de cultura. Para los limítrofes, el expediente es pura y simplemente la guerra. Y viene Carlos XII y Poltava, Ingria y Carelia, y, por último, su coronamiento triunfal, San Petersburgo. Para los más alejados es el rumor mismo de sus victorias, aviso bien elocuente de que en la inmensidad de las llanuras orientales se ha alzado un nuevo poder político, con el cual deberá contarse de ahí adelante, y que, al correr de tres siglos escasos, acabará por suplantarse a los occidentales en el predominio europeo.

Aquí comienza la segunda y gran tragedia rusa —la primera había sido el cristianizarse en el cisma—. El Occidente con quien entra en contacto es una cultura que, bajo apariencias de plenitud, se encuentra en trance apresurado de disolución. La Europa de fines del XVII es la Europa de Westfalia, la que, tras una larga serie de guerras y desolaciones atroces, logra al fin en Münster y Osnabrück, su anhelo de aniquilar en definitiva esa pervivencia, que aun duraba de los tiempos medievales. Y esto debe tenerse en cuenta si se quiere comprender, en parte por lo menos, ese giro de

cobardías y claudicaciones, de tolerancia aparente y degradante tiranía, de entremezcla monstruosa, en fin, de la verdad con la mentira, que va asumiendo, hasta el punto de parecer hacer de ella su carácter distintivo, la época repulsiva que estamos viviendo. Westfalia significa el triunfo legal—legal, no legítimo, ¡por Dios!— de la revolución moderna luterano-cartesiana. Hasta entonces, y desde que Felipe el Hermoso había concluido con el predominio político de los Papas por su triunfo sobre Bonifacio VIII, subsistían aún, si bien debilitados y no poco alterados en su auténtica fisonomía, ciertos jirones de cristiandad medieval. No era mucho, pero sí lo suficiente, para que un buen día v. gr., la nación española empuñara en sus manos evangélicas la gloriosa mutilada insignia y se lanzara no sólo a conquistar para la fe y civilizar el continente americano, sino también a restaurar en el propio reducto europeo, señorío del mundo entonces, la unidad cristiana. Fracasada en su aspecto europeo la empresa, los débiles restos medievales se recogen en España; fuera, comienza el reinado incontrastable del espíritu moderno. Urgía, pues, sancionar cuanto antes jurídicamente el fracaso. De ahí Westfalia. En adelante, la Europa de Lutero y de Descartes, liberada de la pesadilla española, no encontrará obstáculo alguno en sus propósitos de asegurar el triunfo definitivo de la revolución internacional.

Con esa Europa luterana en religión y cartesiana en su pensamiento humano, establece contacto la Rusia de Pedro el Grande. Y como no había entrado aún España, felizmente para ella, a formar parte de esa Europa, porque no habían tampoco venido aún a gobernarla los Borbones, resulta que para el pueblo ruso quedó sumida en las tinieblas de lo ignoto la única nación que, por experiencia propia, habría podido darle lecciones eficaces acerca de lo que constituye para el cristiano la auténtica cultura. La falta absoluta de contacto entre la Rusia de Pedro el Grande y la España de la Casa de Austria puede considerarse como una de las mayores desgracias para el mundo moderno, sin que esto implique considerar como ideal la época española de Felipe IV y el Rey Hechizado. Estadista de extraordinarias cualidades a la vez que terriblemente superficial, el zar Pedro corre como un alocado tras un orden social-económico que no tolera regulación alguna de orden moral; es la economía cartesiana,

proyección colectiva de un cuerpo humano que ha venido a encontrar fuera del alma su formalización sustancial. No podía el espíritu ruso resistir la prueba, enervado como se hallaba por la anémica religiosidad de tipo bizantino; no podía contener los ímpetus arrolladores de un progreso que los mismos pueblos de Occidente, aun vigorizados por su conexión de diez y seis siglos con el centro universal de la ortodoxia, se habían sentido impotentes para reprimir. Y comienzan muy pronto a palpase los frutos de aquel gigantesco equívoco. Dos siglos de guerras victoriosas no son obstáculo para que en 1876 pueda ya afirmar la intuición profética de Dostoiewsky en *El Adolescente* que la sociedad rusa se encuentra en vísperas de un tremendo cataclismo que la habrá de subvertir hasta en sus cimientos. Seguramente que la profecía permaneció ignorada del gran público, porque la recompensa con que los climas históricos de decadencia suelen premiar a los genios es el menosprecio, cuando no, lo cual es mucho peor, la conspiración del silencio. Tal parece haber acontecido entonces. Por lo menos, no parece haber hecho gran mella en Soloviev, ya que varios años después, le vemos aún, no obstante su íntima amistad con el novelista, confiado en la trascendental pseudomisión religiosa de su patria. Entramos aquí, al referirnos ahora a ella, en la tesis central de su filosofía de la Historia.

Para Soloviev, aparece, en efecto, como imposible que logre la Iglesia implantar en este mundo el reino de Dios sin el concurso de algún poder político. Su asombrosa inteligencia le permite encontrar, en la historia misma de la sociedad fundada por Jesucristo, un magnífico argumento a *posteriori* en favor de su tesis. Es un hecho —es él quien lo indica— que cuando, por incapacidad o rebeldía del poder político, se vió obligada la Iglesia a asumir por cuenta propia la cristianización de la vida civil, vino a resentirse su específica misión religiosa hasta el punto de adquirir cierta fisonomía externa más o menos profana. Es que espíritus como San Gregorio VII o Inocencio III aparecen sólo muy de tarde en tarde en la Historia. De aquí que, conscientes de los peligros a que se exponían como vicarios de Cristo si se entregaban por sí propios a la gestión de negocios temporales, los Papas buscasen constantemente la colaboración del poder político. Dos imperios, el bizantino y el germánico,

elegidos por el sucesor de San Pedro para tan excelsa misión, no supieron responder a las esperanzas en ellos cifradas: los emperadores bizantinos, por su odio más o menos solapado; pero siempre específico a la vez que irreconciliable, hacia lo católico; los monarcas germánicos, por no haber comprendido plenamente el problema social y político del cristianismo. En cuanto a los esfuerzos desplegados a espaldas y con prescindencia de la Iglesia por las naciones modernas más vale no insistir en ellos. Si ya al señalarlos sus frutos nos habla Soloviev del militarismo universal que transforma pueblos enteros en ejércitos enemigos, de antagonismos sociales profundos e irreconciliables, del relajamiento progresivo de toda fuerza moral en los individuos revelado en el número siempre creciente de locuras, crímenes y suicidios, ¿qué habría pensado ahora, al contemplar los horrores en que, presa de incontenible angustia, se debate la Humanidad entera, y el odio, verdaderamente diabólico en su abyección, sobre el cual, como sobre cimiento seguro, piensan los actuales insensatos dirigentes de la política internacional edificar el orden futuro del género humano?

Ante el fracaso más o menos definitivo de bizantinos y germanos, Soloviev vuelve sus miradas hacia la patria. ¿No sería, tal vez, ella, la santa Rusia, en oposición al Occidente laico y ateo, la nación destinada por la Providencia para asumir, en definitiva conjugación con la Iglesia, la misión de cabeza temporal de la cristiandad? En el carácter profundamente monárquico del pueblo ruso, unido a ciertos hechos proféticos de su pasado, así como en la masa enorme y compacta de su Imperio, junto con el contraste que ofrece la pobreza y el vacío de su existencia actual —actual entonces— si se les compara con la gran fuerza latente de su espíritu nacional, ve Soloviev otros tantos síntomas precursores de la misión providencial de su patria. Y como mientras se encuentre fuera de la Unidad, no puede pensarse en la trascendental colaboración, todos los deseos del filósofo son de que cuanto antes dé aquélla el paso decisivo, el que vendrá a valorizar sus actualmente estériles a la par que innegables cualidades, convirtiéndolas en otros tantos instrumentos eficaces para la instauración, en este valle de lágrimas, del reino de Dios.

Toda esta argumentación de tipo histórico, maravillosamente conducida por Soloviev en la introducción de su **Rusia y la Iglesia Universal**, viene a justificarse en la concepción que nuestro pensador tiene de la Iglesia, concepción asombrosa en su hondura y que no por ser rigurosamente ortodoxa deja de revestir caracteres de la más agresiva originalidad.

Después de insistir en las primeras páginas de su obra sobre las incongruencias y mentiras del espíritu revolucionario moderno, nos hace ver "que la verdad fundamental, la idea específica del cristianismo es la unión perfecta entre lo divino y lo humano, la cual, realizada individualmente en Cristo, se halla también en vías continuas de serlo socialmente en la Humanidad cristiana, cuyo elemento divino está representado por la Iglesia (concentrada en el pontificado supremo), mientras que el humano corre por cuenta del Estado". Pero para que lo divino y lo humano sean uno, según lo imploraba Jesucristo en la oración sacerdotal a su Eterno Padre, necesitan enlazarse de suerte que pueda descubrirse en la resultante, que es la Iglesia considerada en su más amplio sentido, un triple aspecto: de realidad objetiva, primero, independiente de nosotros mismos —o sea, el Reino de Dios que viene a nosotros, la Iglesia exterior y objetiva—; luego, de realidad traducida en acción —o sea, el Reino de Dios manifestado por nosotros, no para nosotros, como en el primer caso—, y, por último, de realidad manifestada en nosotros. Más brevemente podríamos decir que dichos aspectos se reducen a la Iglesia propiamente dicha o templo de Dios, con su **unión jerárquica o sacerdotal**; al Estado cristiano o cuerpo vivo de Dios, con su unión correspondiente que es la real en el sentido de **regia**, y, por último, a la sociedad cristiana perfecta o esposa de Dios, representada por la **unión profética**, predominando respectivamente en ellos el elemento divino, el elemento humano, y su libre, recíproca y mutua conjunción.

La circunstancia misma de que, al haber instituido por sí propio Jesucristo el organismo jerárquico **para nosotros**, poca o ninguna ingerencia pueda ofrecerse en él a nuestra actividad, y de que, por otra parte, la sociedad perfecta o esposa de Dios, sólo se nos puede revelar por ahora como un ideal allá en el hondón de nuestra alma, hace que Soloviev concentre exclusivamente sus miradas y deseos sobre el Esta-

do cristiano, sobre aquel aspecto de la Iglesia **late sumpta** en que, por predominar el elemento humano, se ofrece ancho campo a nuestra iniciativa, la cual, desde luego, es preciso mantener siempre conectada con la gracia. Si alguna evolución cupiera en la Iglesia jerárquica, será la de tipo perfectamente homogéneo, en la cual tanto el dogma como la organización social van actualizando sus puras posibilidades, sin intervención alguna de elementos extrínsecos. En este hermetismo eclesiástico, por una parte, y, por otra, en el fluir histórico de la Humanidad con su inevitable aportación de factores colectivos inéditos, a la vez que formalmente extrínsecos a la vida teológico-dogmática, encuentra Soloviev, y con razón, la justificación **a priori** de la tesis que con tanta agudeza dejó establecida en el terreno histórico. El templo de Dios, de suyo, no puede alegar derecho alguno sobre las actividades extrarreligiosas, y como éstas necesitan dejarse penetrar por el influjo sobrenatural para que con ellas, entre otros elementos, venga a constituirse la sociedad perfecta o la esposa de Dios, cuya génesis es la razón de ser de la Historia, la colaboración del Estado cristiano o cuerpo vivo de Dios se impone como necesaria. Ahora que la posición del Estado respecto de la Iglesia es la del instrumento frente a la causa principal, porque siendo su objetivo inferior al de la sociedad eclesiástica, también lo será su esencia.

Es preciso distinguir en la obra de Soloviev dos aspectos netamente diferenciados: sus vaticinios históricos sobre Rusia, y luego, su concepción teológica de la Iglesia. Pero antes de proseguir, conviene dejar establecido que su ortodoxia es irreprochable, y que, por tal motivo, no se hará cuestión de ella en estas someras aclaraciones. Críticos de excepcional competencia, tales, v. gr., como ese insuperable experto en materia de Iglesias orientales que es monseñor D'Herbigny, S. J., la han analizado con sagacidad y juzgado de auténtico valor. Porque Soloviev dió, no sólo al cerrar su introducción a la obra que aquí analizamos, sino con su vida ejemplar toda entera, ese **amén decisivo** que tantos y tantos compatriotas suyos habrían podido dar si, a defecto de cierta excepcional penetración de espíritu que, por desgracia, es privilegio de muy pocos, hubiesen dispuesto de un clero ilustrado y, sobre todo, independiente y apostólico, capaz de enseñarles sin compromisos ni titubeos la senda de

la verdad. No. Soloviev hombre sólo puede despertar la más profunda, afectuosa y ardiente admiración. Su vida inmaculada, su virtud heroica, su pasión por la unidad del cuerpo místico de Cristo, subyugan. Es en el orden histórico, y sólo en él, donde es posible dirigirle reproches, porque sus previsiones acerca del porvenir de su patria han resultado enteramente fallidas.

Soloviev se nos presenta en este punto como un gran fracasado. Contra lo que sucedía hace medio siglo, Rusia ha dado ya su palabra al mundo. Ni rastros quedan ahora de la antítesis entre "la gran fuerza latente de su espíritu nacional y el vacío de su existencia actual", que tanto preocupaba a nuestro pensador. Dicha fuerza dejó, no hace mucho, de estar latente para saltar de un golpe a pleno estado de potencia; para salir a flor de tierra histórica moderna con la violencia más arrolladora y demoníaca de que haya recuerdos, de seguro, en los anales cristianos. No nos referimos aquí a la abolición de la propiedad privada, ni a los veinte millones de muertos de hambre por las tremendas experiencias económicas de los primeros años de la dominación soviética, ni siquiera a los campos de concentración y atroces matanzas colectivas con que el partido comunista logró afianzarse en el poder; no. Todo eso, con ser tan horrible, sólo puede adquirir carácter de esencial para las mentalidades burguesas; para aquellas mismas que con su materialismo taimado, mezquino y repugnante han encajado en pleno rostro el latigazo violento de una lógica irreprochable que ellas, en su obcecada cobardía, no se habían atrevido nunca a adoptar como norma de su vida práctica. Todo eso no son más que indicios, proyecciones exteriores, consecuencias. Lo peor es el haber erigido como norma suprema de todo un orden político la negación radical de la trascendencia humana. Ciertamente es que, en principio, de modo nada más que implícito, la revolución luterano-cartesiana apuntaba también allí; pero la experiencia nos enseña que muchas veces quien profesa determinados principios retrocede sin vacilar ante sus consecuencias si el aceptarlas significase para él rechazar los valores más fundamentales y más caros a la persona humana. Tal habría sido, a no dudarlo, el caso del propio Descartes. Es que nuestro espíritu encierra, por fortuna, ciertas virtudes extraintelectivas —¡perdón!—, extrarracionales— que sir-

ven como regulador a nuestros raciocinios. Lo horrible de lo que podríamos llamar **la palabra rusa**, es, precisamente, el haber arrancado de todo un pueblo esas fuerzas de resistencia, o, por lo menos, el haberlas reducido a una impotencia tal que, en el orden práctico, equivale a una verdadera supresión. No sólo no ha emprendido Rusia el camino que para ella vaticinaba esperanzado Soloviev, sino que le ha vuelto, además, radicalmente la espalda. No sólo no ha venido a colocarse bajo la égida de Pedro, sino que, frente a la Internacional católica se ha erigido en cabeza visible de la Internacional anticatólica. La misión rusa va consistiendo hasta ahora en lanzar al rostro atrozmente pálido de la Europa de Westfalia; de la Europa luterano-cartesiana; de aquella Europa que en su odio inextinguible hacia la universalidad, hacia lo católico, abominó de España y de la Casa de Austria, hasta el punto de no encontrar sosiego sino tras de haberlas arruinado en su poder político, todas aquellas conclusiones encerradas como en matriz propia, en la revolución moderna que esa misma Europa engendró. La misión de Rusia se va reduciendo a aislar y llevar luego mediante tenebrosa alquimia hasta grados inauditos de condensación el virus luterano-cartesiano, para inyectarlo en el organismo de Occidente, provocando así en él reacciones mortales. Después de todo, no habrá hecho sino pagarle en igual moneda. Desde este punto de vista, la enorme importancia histórica de Lenin consiste en haber cerrado el ciclo abierto por ese Cardenal de Richelieu contra el cual se levantó la indignación cristiana además de española, de Quevedo y Saavedra Fajardo, y que tan certeramente ha sido calificado por Belloc como destructor de la unidad católica de Europa. La labor del comunismo ruso se reduce a someter al imperio de la lógica la vida política moderna. No se puede combatir contra él con paliativos, ni mucho menos aun adoptando sus propios métodos, como quiere por ahí tanto espíritu pseudocristiano que, por lo visto, considera la lucha entre las dos ideologías más extremadas y trascendentales que han aparecido en el escenario de la Historia como simple contienda de personas. No. El remedio contra la G. P. U. no es la Gestapo, ni contra la Gestapo, la violación, en nombre de la libertad, de los principios fundamentales de la justicia y del derecho. Así como el comunismo, proyección social, la más violenta

y extremada del ateísmo no reconoce, al fin de cuentas, más adversario real que el cristianismo, es sólo recurriendo a la forma más integral —íbamos a decir también más violenta y extremada— de cristianismo, a la católica, apostólica, romana, vivida en su plenitud, como podrá vencerse al comunismo. Mientras esta gran verdad no se convierta en clima histórico de hogaño, habrá que seguir desconfiando, por no decir desesperando, de la salvación de Europa.

Este es el grande, el trágico fracaso de Soloviev. Espíritu de envergadura análoga a la de Dostoiewsky, pensó, al igual de él, que su patria se encontraba en vísperas de una catástrofe interior; eso sí, que a consecuencia de contiendas internacionales. Hasta le señaló de antemano, con categórica seguridad, sus futuros —ahora pasados y vencidos— adversarios. Las derrotas militares provocarían, según él, la anarquía interna, a cuyo término su optimismo incorregible le hacía ver, como iris de paz, la integración de esa patria purificada por el dolor, en la cristiandad de Pedro. A pesar de todo, persistimos en la idea del fracaso, y de un fracaso que, a no mediar algún milagro de la Providencia, no lleva trazas de rectificación. Es que en el pensamiento de Soloviev, la anarquía anunciada debía cumplir, respecto de su patria, misión semejante a la desempeñada por el dolor en la vida sobrenatural del cristiano, actuando a modo de aquellas noches místicas con que el Espíritu Santo va purificando las almas destinadas por El mismo a los más excelsos grados de perfección: bajo la presión de tanto sufrimiento, la nación moscovita reconocería prácticamente sus errores, resolviéndolos en la aceptación fervorosa de la unidad. Es aquí donde comienza el fracaso de nuestro pensador. La anarquía hizo presa, efectivamente, en Rusia, pero —y esto es lo gravísimo— no la postró. Al contrario, dentro de ella ha encontrado el pueblo ruso esas inagotables energías que le han permitido triunfar en la contienda más colosal que han presenciado los hombres, a la vez que más decisiva para su porvenir histórico nacional. Hoy día el Imperio ruso, borradas por sendos triunfos las derrotas que en 1905 y 1917 le habían infligido, respectivamente, Japón y Alemania, se presenta ante los ojos de la burguesía aterrorizada más fuerte y amenazante que nunca. Es él, principalmente, quien venció al III Reich, conquistando de este modo para sí propio la hegemonía en el

Viejo Mundo. Y, naturalmente, que tales circunstancias, lejos de redimirlo de la catástrofe moral en que se halla sumido, sólo pueden contribuir a confirmarlo más y más en ella; porque no ha de ser la victoria conseguida en virtud de ciertos y determinados principios lo que ha de decidir a abandonarlos a un pueblo que sólo se deja convencer por el testimonio de la fuerza.

¿Cómo pudo un espíritu tan lúcido engañarse hasta ese extremo?

Para centrar la cuestión hay que tener en cuenta que, en sus años de juventud, Soloviev militó en el partido de los eslavófilos, donde no pudieron menos de cobrar bríos, no obstante en la amplitud de criterio que bebió en el ambiente del hogar, las inveteradas preocupaciones nacionalistas que todo ruso, sólo por serlo, lleva ya ahincadas en su espíritu. Utópico sería exigirle a un nacionalista de cualquier país, comprensión del extranjero en cuanto tal y posición objetiva e imparcial (lo cual no es lo mismo que "indiferente") respecto de la tierra de sus mayores. En —el error de Soloviev como casi en todo error histórico, hay ante todo falsa perspectiva frente a un hecho real. Si comparamos, en efecto, la Rusia de los zares con una Alemania presa en su mayor parte de la herejía; con una Francia que, infiel a su condición de hija primogénita de la Iglesia, sólo se preocupa —¡trascendental preocupación!— de arruinar el poderío de la Casa de Austria, pactando, a fin de lograrlo, con las fuerzas antieuropeas, para vivir por último de los postulados de su Revolución; con una Italia, con una Inglaterra, constituidas en enemigas irreconciliables del Pontificado y de la unidad católica, todas las ventajas estaban de parte de Rusia, sin que pueda alegarse la existencia en dichos países de núcleos fuertes de auténticos católicos, porque aquí se habla de naciones en cuanto estados en forma, para ajustarnos a la expresión de Max Scheler, y no bajo el aspecto de conglomerados de células sociales. El hecho es que en toda Europa, no quedaban más que España y la monarquía austro-húngara más o menos libres de contaminación; pero esta última, por su predominio sobre los eslavos centroeuropeos no podía ser considerada por Soloviev sino como un poder político del todo efímero, mientras que, en lo relativo a España, se encontraba, como ya queda dicho, en la más absoluta ignorancia.

Y aquí llegamos a la segunda causa del engaño de Soloviev: su desconocimiento absoluto de la realidad espiritual hispánica. El haber tenido noticias acerca de ella habría ampliado considerablemente sus horizontes, descubriéndole aspectos nuevos y muchos más perfectos que los que él había visto, de llegar a la colaboración leal, sincera y continuada entre la Iglesia y el Estado. Era España la única nación que en el Occidente europeo podía erguirse, limpia la frente y serena la mirada, ante la santa Rusia, para oponerle un sentido religioso mucho más auténtico, porque sin desconocer la importancia de la contemplación —¿podría desconocerla la nación de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, de San Pedro de Alcántara y de fray Juan de los Angeles?—, sabía intensificarla hasta el extremo de hacerla fructificar en acción. Soloviev no supo nunca que la leyenda de San Nicolás y San Casiano con que comienza el libro primero de su obra encontró durante siglos amplio margen de aplicación, fuera de los dominios en que entrecruzaban sus influencias la Iglesia y el Sacro Imperio, en el admirable proceso histórico de la Contrarreforma. España era en la catolicidad lo que Rusia dentro del cisma: una nación que pudo llamarse santa con muchos mejores títulos que Rusia; pero que no quiso hacerlo porque su hondo sentido humano le hacía ver el desacato envuelto en la atribución de tan augusto calificativo a cierta entidad de orden formalmente terreno como es en sí la nación. Lo repetimos: la desgracia de Soloviev estuvo en haber ignorado a España y, por ignorarla, en creer que para constituirse en brazo armado de Dios se requería necesariamente “una masa enorme y compacta de Imperio”. Para no perder el sentido de las proporciones debió haber sabido que la nación española “sin apenas soldados, y con solo su fe, creó un Imperio en cuyos dominios no se ponía el sol”. Eran los seis millones de españoles, y no los dieciséis millones de franceses ni los veintitantos de alemanes, los que dominaron el mundo en el siglo XVI: esto no lo supo Soloviev, como tampoco llegó a saber jamás que la evangelización del continente americano se debió no a iniciativas particulares sino a la voluntad oficial, decidida y categórica de los reyes españoles, de aquéllos excelsos jefes políticos que conquistaron para su nación con su actitud, el título de la monarquía misionera. Debió haber sabido, por último, que hubo un mo-

mento de la Historia —aquél momento extraño y superior de la especie, de que habla Taine— en que el Sacro Imperio romano-germánico cumplió dignamente su cometido de cabeza temporal de la cristiandad y brazo armado de la Iglesia: precisamente, cuando la diadema de Carlomagno fué a reposar en las sienes augustas de otro Carlos, del César español Carlos V. De haberlo sabido, ¡cuántos motivos de meditación habría encontrado su inteligencia privilegiada en el hecho misterioso de que la única vez en la que universalidad de jure inherente al Sacro Imperio vino a fraguar en universalidad de facto fué cuando su misión excelsa se halló confiada a la decisión apostólica, la valentía y las armas españolas!

Soloviev, como buen ruso, es mesiánico. Anida en el alma rusa una especie de creencia instintiva de hallarse predestinada para cierta misión trascendental por el mismo Dios. Parece como si la convicción inquebrantable del hebreo, respecto de sí propio de pertenecer al pueblo escogido y predilecto de la divinidad se hubiera transfundido al alma rusa, sin considerar que lo que en el hebreo es creencia definida apoyada en el hecho perfectamente histórico de la promesa de Dios a Abraham, no podría pasar, en el ruso, de vago e inconsistente sentimentalismo. La única convicción aceptable de tipo mesiánico para un pueblo no elegido de antemano por lo que es, es hacerse elegir por lo que haga. Ese es el caso del pueblo español. Porque mesiánico, no hay duda que lo es; eso sí que con un mesianismo no cerrado ni exclusivista, sino amplio, abierto, generoso, consistente en querer —a veces hasta exageradamente— que todos reconozcan la Verdad, así, con mayúscula. Consciente de la profunda diferencia que le separa de quienes han sido y continúan siendo aún los depositarios de la promesa —porque los dones de Dios son irrevocables (Rom. XI, 29)—, el pueblo español comprendió desde el principio que para él no había más salida que hacer, como pueblo, padecer violencia al reino de los cielos, porque sabía que sólo los violentos lo arrebatan (Matth., XI, 12). De ahí que el español se da por entero, para obligar a Dios a fijarse en él; es decir, para provocar su predilección. Los españoles saben perfectamente que el exclusivismo judío tiene plazo fijado, transcurrido el cual habrá de resolverse en la integración real, efectiva y univer-

sal del género humano en el Reino de Dios —si su caída es la riqueza del mundo y su menoscabo la riqueza de los gentiles; ¡cuánto más lo será su plenitud! (Rom., XI, 12)—, y de que, en consecuencia, sería ridículo en pretender adoptar actitudes de predilecto ya desde el principio, cuando se sabe que la predilección está ahí como simple y difícil norte por conseguir. Descúbrase en la actitud patriótica del ruso análogo racismo al que denunciaba Maeztu en los pueblos nórdicos y aun en Francia; eso sí que de tipo mucho más peligroso, porque se encuentra apoyado, falsamente apoyado, en motivos religiosos. Oyendo a Soloviev, es imposible evitar la imagen de la oración de aquel hombre que creía no ser como los demás hombres, y que, precisamente, por creer que no lo era, atrajo sobre su cabeza la reprobación de la Verdad absoluta. ¿No sería éste tal vez, el caso de Rusia?

Ateniéndonos, pues, al aspecto histórico de la obra de Soloviev y juzgándolo a la luz de los acontecimientos posteriores, se impone la sensación de su fracaso. Al analizar, empero, su concepto de la Iglesia y su manera de fundamentarlo en el misterio mismo de la Trinidad, es imposible, ante tal derroche de poderío intelectual, no sentirnos presa de la más profunda admiración.

Toda la doctrina de Soloviev acerca de la Iglesia viene a constituir un comentario hondo y certero sobre el gran pensamiento paulino de que la plenitud de la ley es el amor (Rom., XIII, 10). Para él, la Iglesia es, como para Bossuet, Jesucristo difundido y comunicado; como para Hello, la ocupación de la carne por el Verbo. Porque ambos pensamientos no constituyen en realidad más que uno sólo, que es el mismo, utilizado como fundamento por San Pablo al aconsejarnos que nos revistamos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad de verdad (Eph., IV, 24). El germen de la vida eterna, sembrado por el bautismo en los surcos del alma, está destinado de suyo a desarrollarse y compenetrarse del todo con el organismo psíquico del hombre. Dentro del alma del justo, se realiza un proceso santificador —deiformante— cuyas etapas guardan, por su naturaleza y la posición lograda en el conjunto, estrecha analogía con ese fenómeno tan sencillo en apariencia a la vez que tan misterioso en su íntima realidad, que es la resolución de la simiente en árbol, o del principio generador masculino en un ser sensitivo. El

santo o simplemente el cristiano normal —que eso y no otra cosa es el santo—, al igual de los seres orgánicos, es una síntesis, una resultante de haberse conjugado la naturaleza humana con las posibilidades divinizadoras de la gracia. En uno y otro caso se verifica la colusión del principio activo y del pasivo; de las virtudes vegetativas o el principio masculino con los jugos propios de la tierra o la sangre materna; del principio divino con el ser mismo del hombre. Por eso la santificación exige tiempo. No por carencia de virtualidades en la gracia, sino porque la naturaleza humana, estragada por la culpa original, no puede normalmente, a no ser por una suspensión milagrosa de las leyes establecidas, doblegarse instantáneamente ante el influjo divino. **Quite creavit sine te, non te redemit sine te;** este gran pensamiento agustiniano encuentra aquí su plena aplicación. Si en alguna ocasión debe entrar en juego la libertad, indudablemente es al jugarse el hombre su destino eterno. Entonces es cuando debe mostrarse más dueño, más señor de sí mismo, más hombre en suma. Porque nunca el hombre es más hombre que cuando se entrega en manos de Dios. Y lo normal es que se vaya entregando paulatinamente aunque la decisión de hacerlo sea instantánea.

Las obras de Dios son armonía. Al modo como la siembra va bebiendo silenciosa los jugos de la tierra o el germen animal se va alimentando de la sangre materna, así también el principio vital divino va absorbiendo las fuerzas naturales del hombre y dándoles perfil sobrenatural. Con una diferencia sin embargo, y es que, por privilegio del espíritu, no hay aquí sustitución de esencias. La naturaleza humana se va poco a poco deificando sin dejar de ser humana. Así es como, manteniendo por el preciso influjo de la gracia su condición humana con más y más perfección, la esencia y facultades del hombre, supuesto que no opongan resistencia, llegarán un día a ser también deiformes, divinas. Así es como mientras el hombre viejo es síntesis de alma y cuerpo, el hombre nuevo lo es de naturaleza y gracia.

Pero eso es el término, la culminación y cima del proceso. Al iniciarse éste, el complejo organismo sobrenatural, aunque y porque está en germen dentro del alma justificada, le permanece a ésta, como realidad definitiva, en cierto modo extrínseca. La semilla puede resolverse en árbol, pero no es

árbol; el principio generador humano puede resolverse en hombre, pero no es hombre; el germen de la vida eterna puede resolverse en un santo, pero no es un santo. Aun no han llegado, ni siquiera comenzado, a diferenciarse en él las funciones sobrenaturales cuyo desarrollo lo harán fraguar, con el concurso del alma donde reside, en un santo de Dios. Este permanece aún, como organismo constituido, en las penumbras de la pura posibilidad. Por eso es que Soloviev, al contemplar a la Iglesia en cuanto templo de Dios, la descubre como realidad inicialmente extrínseca al cristiano. Porque el cristiano, evidentemente, al comienzo, no es Jesucristo. Lo será cuando, nutriéndose de los jugos de la naturaleza humana, el germen de vida eterna haya completado su desarrollo y conseguido la estatura que para el alma en cuestión le hubiera asignado desde toda eternidad la Providencia divina. Lo cual tampoco habrá de conseguirse sino cuando el alma humana, por su parte, se hubiere dejado absorber totalmente por la gracia. De aquí se deduce una consecuencia capital si se considera, además, que, no ya en cuanto participada por el alma sino en su propia e intrínseca realidad, la gracia es la vida misma de Dios: la de que inevitablemente ha de actuar como vínculo de unión de los cristianos entre sí y de todos ellos con el mismo Dios por Jesucristo. Una vez actualizadas sus posibilidades todas de divinización, ya no será exterior el alma a la Deidad, sino que, al contrario, vendrá a sumergirse en el seno de donde fué engendrado el Verbo antes de la aurora; pero entonces Dios vendrá también a hacer mansión en ella. Cuando el templo de Dios por reiteración de este proceso, haya venido a compenetrarse con todos los cristianos, o sea —para usar la expresión propia de San Pablo—, cuando el cuerpo de Cristo haya alcanzado su estatura perfecta (Eph., IV, 13), entonces el Verbo eterno se habrá encarnado, en cierto modo, en la humanidad predestinada, comenzando en tales momentos a ser realidad venturosa la sociedad perfecta, la esposa de Dios.

El estado cristiano, lo que Soloviev denomina la Iglesia en cuanto cuerpo viviente de Dios, viene a ocupar así, en la mente del gran ruso, la posición excepcional de tránsito desde el templo de Dios hasta la esposa de Dios, con lo cual estas dos últimas realidades quedan a su vez constituidas por lo mismo, en principio y término, respectivamente, de un gi-

gantesco movimiento histórico: el de la Humanidad predestinada en marcha hacia su divinización. La historia universal se nos viene a revelar bajo esa luz como el proceso de integración de la Humanidad en la Deidad. ¡Visión de sublime grandeza! ¡Cuán luminosa se nos aparece ahora la misión del Estado cristiano, del cuerpo viviente de Dios! Colaborador necesario de la Iglesia considerada como unidad jerárquica o sacerdotal, la unidad regia recibe por misión fundamental plasmar lo que puede ser plasmado, el elemento humano, para con ello, como principio pasivo, hacer fraguar la esposa de Dios. Llegamos aquí a la plena justificación *a priori* del pensamiento de Soloviev. Desde el momento en que la condición de cristiano no es connatural al hombre; en otras palabras, desde que la realidad subsistentísima que es la Vida misma divina adquiere, por su existencia intencional en el ser humano, caracteres de accidente predicamental, se impone la necesidad absoluta de un proceso integrador —guardadas, por supuesto, las distancias— de la propia esencia humana en lo divino, y, por lo mismo, debe admitirse, también como de necesidad absoluta, la existencia de cierta realidad que venga a constituir un instrumento en manos de la Unión jerárquica, desde el momento en que se abre un campo de acción dentro de cuyos límites el templo de Dios carece formal y directamente de autoridad.

Las últimas palabras del párrafo anterior dejan vibrando en el ambiente la invitación a una objeción: ¿Por qué esta especie de deficiencia en el templo de Dios? ¿Por qué no podría quedar en manos de la unidad jerárquica integralmente, de suerte que le vinieren a resultar ociosas y aun contraproducentes las colaboraciones, la misión fundamental de cristianizar el mundo, de establecer el reino de los cielos en los campos de la Historia? Porque toda misión que de lejos o de cerca implique relación con el destino eterno del hombre parece, a primera vista por lo menos, más propia de la Iglesia que del Estado. No obstante, Soloviev ha visto y juzgado con admirable acierto. Justamente aferrado a su noción básica de que la Iglesia es la proyección de Jesucristo en la Humanidad, ha tenido que impresionarle el hecho de no haber el Verbo eterno, en el poderío infinito de su divinidad, absorbido o aniquilado la naturaleza humana asumida, sino, al contrario, intensificándola hasta un grado en

cierto modo también infinito. Es que de tal manera supera la actividad divina las posibles resistencias de la creatura, que a fuerza de tomarlas en cuenta llega a prescindir absolutamente de ellas. Permite Dios las líneas torcidas en el mundo porque es el único que puede con ellas escribir derecho. Por eso no encontró sombra de obstáculo en que una esencia humana existiese con la existencia del Verbo. Ningún abismo sería tan hondo que su poder no lograra colmarlo. Por eso no podía —hablamos de su potencia **ordenada**— dejar encomendadas a su Iglesia jerárquica misiones que podía realizar mejor el Estado cristiano, entre las cuales estaba, aunque las apariencias digan lo contrario, aquella de proporcionar la materia de la sociedad perfecta, de la esposa de Dios.

Cuando contemplamos la persona adorable de Jesucristo, lo primero que nos llama la atención, sobre todo si dirigimos nuestras miradas a los postreros instantes de su vida terrena, es la disyunción absoluta en que, respecto de sus padecimientos y de su muerte, se hallaban —tenían que hallarse— su humanidad y su divinidad. Su naturaleza divina debía, por supuesto, manifestarse infinitamente refractaria al sufrimiento, no tanto por lo que éste supone de dolor, sino ante todo, por lo que implica de pasividad. Nada podría manifestarse tan opuesto al Acto puro como el ser pasivo. En esta oposición irreductible de su divinidad a todo cuanto pudiere significar pasividad y, en consecuencia, mutación o contingencia, debemos ver la raíz de lo que, inicialmente, aparecía como deficiencia en la Iglesia, y, por lo mismo, de la introducción que opera Soloviev, del Estado cristiano en la obra de la redención. El tránsito desde el templo de Dios hasta la esposa de Dios será todo lo sublime que se quiera, pero envuelve, al fin y al cabo, como todo movimiento, una imperfección radical: la de la contingencia. De aquí que no podía incumbir a la Iglesia jerárquica, representante, en la unión profética, del elemento divino de la unión hipostática, y, por divino, inmutable y absolutamente perfecto, encargarse de lo concerniente al elemento humano mutable e imperfecto. Habría habido en ello un no sé qué de violento y subversivo, incompatible con la serenidad característica que, como reflejo imponderable de la armonía y de la paz infinitas, se exhala siempre de la obra de Dios.

Para fundar su actitud, Soloviev recurre a la noción trascendental de la unidad, completamente echada al olvido. Es curioso. Mientras que de las restantes propiedades metafísicas del ser en cuanto tal se hace un uso más o menos acertado, la unidad, aun por parte de muchos sedicentes discípulos de Santo Tomás, queda reducida a un valor puramente negativo, a la simple carencia de partes actuales o posibles. Naturalmente que por tal camino sólo se llega a la nada... No se toma en cuenta la afirmación, fecunda en consecuencias, del Doctor Angélico de que la unidad designa ante todo al ser, con el cual se identifica en realidad, y sólo indirectamente, connotándola, la carencia de partes. Sólo dándosele carácter positivo puede operarse su identificación con el primero de los trascendentales, evitando, al mismo tiempo, la posición hegeliana de suprimir toda diferencia real entre lo que es y lo que no es. Identificada con el ser, la unidad habrá de correr siempre su misma suerte. También su concepto podrá afirmarse —sin perjuicio de reconocer como unas, en cierto modo, a las propias creaturas— que el único ser donde se realiza tal concepto con plenitud absoluta es la Esencia divina: sólo Dios es absolutamente **uno**. Pero hay unidad y unidad, lo cual no le pasa inadvertido a Soloviev. Siguiendo fielmente los pasos de Santo Tomás, descubre por una parte la que califica él de unidad **negativa, solitaria y estéril**, fácil de identificar con la **predicamental** de los escolásticos, y por otra, la perfecta, la que “en el goce sereno de su propia superioridad, domina a su contrario (la pluralidad o división), sometiéndosela a sus leyes” y a través de la cual no resulta dificultoso descubrir aquella que los mismos escolásticos denominan **metafísica o trascendental**. Efectivamente, nada impide a la primera multiplicarse indefinidamente mediante el proceso llamado por los alemanes **die schlechte Unendlichkeit** —“le mauvais infini”—, mientras que la segunda, por poseer lo que en filosofía escolástica se llama “universalidad **in causando**”, expresión que traduce Soloviev por la del “**ser uni-total**”, es asimismo rigurosamente única, porque en sí misma lo posee todo. Pero el pensador ruso no se detiene aquí. Penetrando con su asombrosa inteligencia en el centro mismo del orden trascendental, descubre una verdad capital: que, como todo en Dios es necesario, lo serán también aquellas disecciones formalmente humanas que

nuestro entendimiento opera en su divina esencia conocidas bajo el nombre de **atributos divinos**, entre los cuales se halla el de su unidad. Y como por el mismo motivo Dios es necesariamente trino, deduce Soloviev —¡deducción capitalísima y de proyecciones inagotables!— que la unidad absoluta es necesariamente trina. En otras palabras, que, por ser infinitamente uno, Dios es Trinidad.

Sin vacilar, Soloviev aplica esta unidad a la Iglesia. Es que a lo largo de su gran sistematización doctrinal late inequívoco y pujante el pensamiento de que, si aún las creaturas son en alguna manera Dios, no ciertamente al modo como lo afirman los panteístas, sino porque todo el ser del efecto no puede mantenerse ni un ápice fuera de su causa **adecuada**, la Iglesia integral, lo que tan repetidas veces denomina él la esposa de Dios o encarnación definitiva de la Sabiduría divina, debe participar en grado infinitamente más intenso de la vida propia del Acto puro. Si las creaturas vivientes —o, para ser más exactos, las racionales— llevan en su entraña ontológica el sello indeleble de la inagotable fecundidad divina, como lo demuestra San Agustín en sus celebérrimas **trinidades**, valorizadas con el visto bueno casi infalible del Doctor Angélico, ninguna de ellas lo podrá ostentar con el derecho y la energía de la sociedad fundada por Jesucristo. Es que la Iglesia no es creatura. Como organismo divino, es la prolongación de Jesucristo, de cuya vida participa. Pero no importa. Aun considerando en ella los elementos creados que la integran, se verifica en ella lo que Soloviev llama la **inversión** de lo divino. El **cosmos** es el reflejo invertido de Dios, una especie de Dios al revés; por eso, a la autonomía perfecta del Acto puro manifestada en su unidad perfecta, así como en la simultaneidad de sus personas, y luego en la libertad con que extrajo al mundo de la nada, responde con la triple heteronomía de su extensión, sucesión temporal y causalidad mecánica. En la Iglesia, humana por sus células materiales, pero divina por su principio vital, la heteronomía debe hallarse sujeta a la autonomía. La unidad de que disfruta es la perfecta, la del ser **uni-total**, ya que es inmultiplicable, por ser universalidad, como lo es el Ser divino. Por eso su **trinidad** no ha de ser puramente intencional, como las que en el ser humano descubre San Agustín, sino, en cierto modo, física, entitativa;

en una palabra, trinidad de hipóstasis. Y viene entonces la original aplicación que hace Soloviev de esta pluralidad de personas en el seno de Dios a la propia Iglesia. En ésta se encuentra un poder —el Pontificado supremo— cuya misión es asegurar la coherencia del organismo, tal y como en la Trinidad queda garantizada por la cuasi prioridad ontológica del Padre, y que, al igual del Padre, engendra una verdadera potestad filial —la del monarca— para que ambas a dos, en abrazo análogo al del Padre con el Hijo, den origen a la proyección en el orden colectivo humano del Espíritu Santo, o sea, la esposa de Dios, la sociedad perfecta.

No vamos a seguir paso a paso las especulaciones teológico-metafísicas en que el genio de Soloviev se despliega con una profundidad y grandeza muy pocas veces logradas por el entendimiento humano. Sólo queremos señalar dos de sus méritos principales como aportación perdurable de su obra.

El primero es haber tomado en serio el misterio de la Santísima Trinidad. Entendámonos. No queremos decir que el pecado de irreverencia contra el primero y más fundamental de nuestros dogmas sea cosa frecuente por parte de los cristiano-católicos; no; pero sí que su papel en la vida ordinaria de la generalidad de ellos es prácticamente nulo. Jamás se piensa que la semejanza del hombre con Dios de que se habla en el capítulo primero del Génesis es semejanza con la Trinidad beatísima, y que si a las creaturas irracionales, como simples vestigios que son del poder creador, les basta con reflejar en su entraña ontológica la causalidad de Dios, las dotadas de inteligencia y libre albedrío deben participar, además, de esa misteriosa corriente vital establecida entre las Personas mismas divinas. Pasaron ya los tiempos de un Agustín o un Cirilo de Alejandría; hoy día, las verdades trinitarias muy poco les dicen a los cristianos, y si se alude de cuando en cuando a ellas es para calificarlas con el epíteto, despectivo en su tonalidad, de **teologías**. No se ve hoy día que, en la generación eterna del Verbo, donde el Padre de las luces traspasa toda entera su esencia absolutamente inalterable al Hijo, debemos hallar nosotros la suprema lección de darse por completo en el cumplimiento del plan divino, mientras que la expiración infinita con que Padre e Hijo comunican la misma esencia poseída en común a la tercera de las Personas divinas debe ser para todo cristiano

el paradigma de un orden necesario, absoluto, en que la fe y la experiencia de lo divino han de constituir la norma de toda actividad que se pretenda a sí propia dirigida hacia la posesión de nuestro último fin. No se piensa hoy día en que allá en la Trinidad y sólo en ella podremos encontrar la razón explicativa suficiente de la repugnancia que el hombre siente hacia el exclusivismo especulativo por una parte, y por otra, hacia el impulso incontrolado; en una palabra, hacia el racionalismo y el fanatismo, extremos ambos de los cuales equidista un Concepto o Verbo, o, **Logos**, que a la vez es Hijo, y un Espíritu, que, al proceder inmediatamente de un amor subsistente, encuentra su justificación en el propio Verbo eterno del Padre.

La segunda aportación de Soloviev es el haber percibido con pasmosa intensidad la analogía de **atribución** existente entre Dios y la creatura. Es un hecho que, a fuerza de insistir en la analogía de **proporcionalidad**, concediéndole una primacía que, si es legítima de suyo, lleva visos de convertirse en injusta exclusividad, no se da lo que le corresponde a la de atribución. Prácticamente, por obra y gracia de un maniqueísmo inconsciente, quedan Dios y el mundo erigidos como dos absolutos frente a frente. Al insistir el pensador ruso, con su concepción del Ser **uni-total**, en que nada existe ni puede existir fuera de Dios, echa por tierra ese supuesto absurdo y, por absurdo, esterilizador y radicalmente incompatible con el sentimiento hondo de la propia nada. ¿Cómo sería posible levantar el corazón a Dios, orar, en una palabra, si no partimos de la base de que la oración no puede tener más fundamento que nuestra omnímoda y absoluta indigencia? Porque no hay duda de que en lo débil, o, más bien, en lo inexistente de dicha urgente convicción, reside la ineficacia tan frecuente de la oración, mucho más que en la posible inconveniencia de las cosas mismas que pedimos. Es decir, en resumen, que carecemos de fe. Soloviev, en cambio, nos presenta con tremendo relieve esa incapacidad fundamental de la creatura para dar razón de sí propia, para poder presentar un solo valor auténticamente positivo que no radique en el libre beneplácito divino. Y como utiliza como punto de partida la analogía misma del ser trascendental, corta de raíz toda objeción aún a aquéllos que militan fuera de las fronteras del cristianismo. Quien leyere con mirada limpia las

páginas sublimes por él consagradas al Misterio trinitario, sentirá que, espontáneamente, instintivamente, florece en sus labios, brotado del corazón, un fervoroso y límpido acto de fe.

Otra consecuencia necesaria o, si se prefiere, un mero nuevo aspecto de su aportación, se presenta en su concepción de la Iglesia **uni-total**. Nunca, que sepamos, se había insistido antes de Soloviev, y con razones tan acusadamente decisivas, en la trascendencia de la sociedad eclesiástica respecto del poder civil, y, sobre todo, en las consecuencias tan prácticas en su aplicación, que en ella se encierran. Eso sólo sería ya más que suficiente para afirmar que no fué estéril el paso de Soloviev por este valle de lágrimas. Hoy día, sobre todo, cuando la soberanía en cierto modo integral de la única Iglesia verdadera se ve combatida con cinismo o hipocresía, según se trate de totalitarios o demoliberales, pero siempre con diabólico encarnizamiento, reconforta ver a una de las inteligencias indudablemente más preclaras con que ha contado la cristiandad proclamar sin ambajes ni equívocos el carácter integral del poder que le ha sido otorgado a Jesucristo aun en este mundo. Es repudiar total y categóricamente la sociedad laica; es admitir como única solución verdadera a la mal llamada cuestión social, el régimen de unión —que, para el caso, equivale al de subordinación, aunque extrínseca, por parte de la autoridad política— entre la Iglesia y el Estado. En la actitud de Soloviev se halla asimismo implícita la condenación tajante de aquella cristiandad de tipo laico preconizada por Maritain como sucedáneo moderno de la subordinación instrumental practicada durante la Edad Media por parte de la nación cristiana respecto de la Iglesia. No. La nación y la Iglesia no se pueden considerar como **dos causas principales**; a lo menos, no se las puede considerar exclusivamente tales. La causalidad de la Iglesia —siempre, naturalmente, que se la mire como lo que es en realidad, como el cuerpo místico de Jesucristo, de cuya propia vida vive— ocupa, respecto de la del Estado, posición rigurosamente análoga a la del propio Acto puro frente a la de las creaturas. Sí, por cierto; éstas son verdaderamente causas, así como son verdaderamente seres; pero queda, no obstante, siempre en pie, para temperar esta analogía de proporcionalidad propia —Dios es a su ser como cada creatura al suyo propio—, aquella otra de atribución, por la cual podemos afirmar que la única razón suficiente para atri-

buir cierta dosis determinada de ser a una cualquiera de entre las creaturas estriba en constituir un mero efecto del Acto puro. De esta manera, la creatura es sólo en virtud de su conexión con la Causalidad infinita. Cosa semejante puede decirse del poder político respecto de la unión sacerdotal o jerárquica: el Estado es sólo en virtud de su conexión con la Iglesia —lo cual no quiere decir, por supuesto, que ésta vaya a intervenir en los negocios temporales; afirmarlo equivaldría a negarle al Estado su carácter filial para asignarle el de siervo o esclavo—. Lo demás sólo podrá calificarse de anormal, de monstruoso; nunca, empero, como conforme a las normas intrínseco-esenciales de la sociedad civil humana.

En el paso de la subordinación instrumental a otra más de acuerdo con la condición de causa principal ostentada por el elemento subordinado, late un grave error histórico: el de considerar a las naciones modernas más avanzadas en su proceso intrínseco de desarrollo que las medievales. Muy al contrario de lo que suele creerse, las naciones del siglo XIII — época en que llega a realizarse, con perfección inigualada antes y después, la armonía de los dos poderes supremos— se encontraban más desarrolladas que las de hoy día. Lo demuestra la normalidad de que gozaba el funcionamiento de sus órganos peculiares: monarca, consejos, órganos representativos. Hoy día, en cambio, reina en el campo político una macrocefalia aterradora: el poder político ha logrado absorber los órganos nacionales para realizar por sí propio y directamente las funciones todas de la sociedad. ¿Y eso va a constituir desarrollo? ¿Podría señalarse como signo de evolución diferenciada un engendro corporal humano en que todas las manifestaciones vitales —locomotrices, asimiladoras, etc.— fueran realizadas directamente por la cabeza, por carecer el resto de su mole de toda clase de órgano, ni constituir más que un montón de carne homogénea? Pues ese error de Maritain lo evita amplia y elegantemente Soloviev al percibir, a través de los perfiles propios de la autoridad civil, los de la sociedad eclesiástica identificados con todo lo que en aquéllos hubiere de verdadera perfección, tal y como las perfecciones del Verbo eterno son exactamente las mismas de su Padre celestial. Por eso no puede, en rigor, hablarse de una potestad **indirecta** de la Iglesia en los negocios políticos en cuanto éstos llegaren a rozar el orden religioso, sino de poder absolutamente **directo**.

en negocios que, por una u otra causa, siendo **materialmente** políticos, han venido a volverse **formalmente** religiosos. Y como esta conversión puede llegar a acontecerles a cualquiera de ellos, es perfectamente lícito afirmar que a todos ellos sin excepción se extiende en **potencia** —ya que el poder adquirir perfiles religiosos equivale a poseerlos ya en potencia— la **autoridad directa de la Iglesia**. En tales circunstancias, la famosa cristiandad laica de Maritain resulta un puro mito.

Considerada ya en su doble aspecto fundamental, **RUSIA Y LA IGLESIA UNIVERSAL** deja en último término cierta penosa impresión: la de una síntesis doctrinal magnífica que aun permanece esperando adecuada aplicación. Todos los aciertos de Soloviev en el campo especulativo truécanse desgraciadamente en fracaso cuando desciende al orden de la política histórica. Su **habitus metafísico**, uno de los más excelsos, sin duda alguna, que haya jamás poseído el espíritu humano, no pudo reemplazar en él cierta falta de penetración histórica, no tan rara como podría creerse en aquellas inteligencias que, arrebatadas hasta el tercer cielo natural de la especulación metafísica, se muestran incapaces de descender hasta la observación de la realidad concreta; en resumen, que **ses ailes de géant l'empechent de marcher**. Y esto debe tomarse muy en cuenta si queremos no dejarnos arrastrar por esa especie de inclinación morbosa que los **snoobs** de hoy día, tan inconscientes, superficiales e imbéciles como todos los **snoobs**, están sintiendo hacia la Rusia victoriosa. No. La cultura rusa no es la nuestra. El pueblo ruso no ha sido plasmado al calor de la cátedra de Pedro, lo cual es más que suficiente para que tratemos de defendernos y nos defendamos incansable y tenazmente de su influjo. Ahora que, para impregnar de eficacia nuestra defensa, la debemos montar en nombre no de ideologías metafísicamente insostenibles, que por serlo han mostrado ya también su completa inutilidad en el orden de lo histórico, sino recurriendo a los principios eternos del Único que dijo —porque era el único que podía decirlo— **yo soy la Verdad**. Contra la seducción de Rusia, los cristianos tenemos dos trabajos fundamentales por realizar: el primero, rescatar de manos del comunismo las verdades que son patrimonio inalienable del cristianismo, numerosas, por cierto; el segundo, rechazar categórica, decidida e inapelablemente la actitud vital comunista, recordando con San Pablo algo que

los cristianos de la actualidad hemos olvidado: que **nuestra conversación está en los cielos**. Así, manteniéndonos equidistantes a la vez de una mal entendida transigencia y de las torpezas del cerrilismo, lograremos la única finalidad que debemos perseguir en este mundo: el establecimiento, en nuestras almas, del reino de Dios.

PALABRAS A LOS RICOS

En su último libro, aun no llegado a Chile: "Las cartas del Papa Celestino VI", Giovanni Papini, logra un prodigio de justa indignación y caridad cristiana. Apoyado en la inexistente figura de un Papa imaginario fustiga, con la violenta precisión de su estilo, a los que perpetran día tras día la ruina del viejo mundo cristiano. Sométemos a la consideración de nuestros lectores el capítulo "Palabras a los ricos", uno de los más bellos del libro y también, por desdicha, de los más actuales.

Cuando yo hablo de ricos me refiero a los riquísimos, a los enriquecidos, a los insaciables arrebatadores y acaparadores de capitales y propiedades y no a los que, trabajando honradamente, viven con desahogo...

La vida de los ricos modernos está hecha de fiebre y de guerra: fiebre de miedo y rencor, guerra de protección y de anexión. Casi nunca consiguen alegrarse por un hermoso cielo sereno, por una campiña en flor, por la sabia hermosura de las obras nacidas del matrimonio, del genio o de la voluntad ni por los sentimientos ocultos y sublimes de una idea que sirva de entrada a un mundo renovado. Los éxtasis de la naturaleza y del arte, los más felices después de los de la fe, son desconocidos para los ricos, quienes tienen otras preocupaciones muy diferentes en la cabeza: los listines de las Bolsas, los precios de los mercados y de los cambios, el aguijón de las inversiones, de las crisis y de los impuestos. Muy raramente un rico se inclina a la poesía, y yo os digo que el no sentir los poetas es uno de los modos más bajos de ser pobres.

Esta es vuestra miseria, ricos; vuestra evidente e insolvente miseria, que es al mismo tiempo el castigo cotidiano de vuestra necia y nefasta fantasía de ser ricos. Y no es tanto vuestra tangible riqueza la causa de males

como la estúpida ilusión de creerse ricos y querer aumentar por cualquier medio aquella riqueza quimérica y punitiva. Seréis infelices y perseguidos hasta que no os transforméis voluntariamente en mendigos de afecto y de belleza. No seréis verdaderamente ricos hasta que no os reconozcáis, con humildad de corazón, como los más locos entre los pobres.

Me apena vuestra tormentosa miseria, pero aun me haría sufrir más si no fuese la causa de una miseria mucho más desmesurada y desoladora. Vosotros daís a todos ejemplo de aquella insaciable avidez de lucros y de grandezas que perturba y corrompe incluso a los más pobres. A vosotros os resulta fácil, gracias al dinero, mudar a vuestro antojo la opinión de los pueblos, volver en beneficio vuestro las resoluciones de los políticos y de los poderosos. Sois, sin querer parecerlo, los dueños de los Estados. No os afligen las calamidades de las naciones, porque encontráis siempre el medio de vivir sobre la muerte, de saciaros a costa del hambre, de engordar con las carestías. Mientras los pobres combaten y mueren, vosotros vendéis a los ejércitos cañones y vituallas; mientras los pobres sufren por la penuria general, vosotros acaparáis las cosas necesarias a la vida para venderlas a precios de usura; mientras la casa común se hunde y se quema, os entregáis sin demora al comercio de las ruinas y las cenizas. Si hubiese mañana una epidemia de suicidios, os apresuraríais a hacer acopio de venenos y sogas.

Rabiáis por ser cada vez más ricos, con la esperanza de que la riqueza sea un seguro contra la muerte y os asegure, aun en las épocas más duras, impunidad e inmunidad. Pero como sois indigentes de imaginación, como de poesía y de caridad, también erráis en este cálculo. Vuestras riquezas y sobre todo las artes que usáis para acrecentarlas os granjean el odio de los más. Vuestra indiferencia hacia las penas y angustias del prójimo, la avaricia que a menudo os ciega y petrifica, la cortedad de vuestra vista, que ve en el mundo un único yo en el centro de la sola materia, os hacen detestables y detestados. También para vosotros, y especialmente para vosotros, es cierta la divina paradoja

según la cual el que quiera salvar la propia vida la perderá. Los pobres son pacientes, los humildes son inermes, los justos están resignados; pero tal vez no está lejano el día de la guerra salvaje de los flacos contra los gordos, de las tripas vacías contra las barrigas llenas. Aquel día se cometerán muchas injusticias y se perpetrarán muchos delitos, pero, incluso de esas injusticias y delitos, tendréis en gran parte la responsabilidad. Si las doctrinas que niegan vuestros privilegios se extienden cada vez más entre las gentes, sus bases son precisamente vuestra pueril altivez, vuestra negligencia en el cumplimiento de vuestros deberes y vuestro contagioso delirio de apropiaros de lo ajeno. La codicia de la riqueza favorece las guerras y la injusta hegemonía de la riqueza promueve las revoluciones. Guerras y revoluciones llevan al desangramiento y empobrecimiento en el orden material y a ceguera y envenenamiento en el orden espiritual. Las desgracias que soporta el mundo por causa vuestra no son lo suficientemente expiadas con vuestra infelicidad ni tampoco con vuestra inconsciente miseria. Nadie, y mucho menos vosotros, podrá acusar a Cristo de una omisión de amor cuando se dirigió a vosotros diciendo: "¡Ay de vosotros, ricos, porque tenéis vuestro consuelo!"

¿Cuál es, pues, este misterioso consuelo, que es sinónimo de maldición? Vosotros lo sabéis: es el orgullo que nace de vuestra demente credulidad de poseer lo que no es vuestro. Pavoroso consuelo que será interrumpido por la llegada del ladrón divino en el corazón de la noche, cuando criaturas y almas estén sumergidas en las tinieblas y nadie le espere. Aquella noche se aproxima y será una noche más oscura que las demás, de una oscuridad sangrienta de tempestad. ¡Ay de aquéllos que no hayan buscado antes de aquella noche un consuelo diverso...!

Si queréis salvaros y venir en ayuda del mundo —que también por culpa vuestra está en agonía—, liberaos de los sortilegios que malamente os embrujan, haceros ricos con el espíritu de pobreza, de aquella pobreza que no es miseria, sino libertad y felicidad. Cuando Cristo os aconsejaba renunciar a vuestras riquezas

no lo hacía solamente para facilitar vuestro viaje hacia el Reino de los Cielos, sino también para enseñaros un alivio inmediato a las aflicciones y castigos que os oprimen. No siempre, deslumbrados por la imaginaria posesión, os dais cuenta de que la riqueza significa riesgo y servidumbre, pero vuestros rostros lo dicen.

No os exhorto a vender todo, porque las ventas presuponen compradores tan ricos como vosotros, sino que os exhorto a la abdicación de vuestro dominio, a la extirpación de la avaricia, al incremento de una justicia cada vez más generosa hacia los que trabajan y a la caridad hacia todos. Solamente dando gran parte de lo que pretendéis poseer conseguiréis conservar lo necesario para vuestra vida. Cuando hayáis logrado la libertad interior y, sobre todo, el afecto de vuestros hermanos menos afortunados seréis inmensa, desmesuradamente más ricos que lo que hoy creéis ser. Únicamente igualándoos a los pobres os levantaréis de vuestra peligrosa miseria. Y sólo cuando seáis pobres la Iglesia de Cristo os acogerá por amor y no, como hoy, por costumbre y necesidad.

LA EPOCA DEL 'PROGRESO'

1.

Nos ha tocado vivir en una época en que la Humanidad se siente satisfecha, porque cree bastarse a sí misma, confiada en sus fuerzas propias. Ha rechazado, en un acto de rebeldía, el reconocimiento de algo superior a ella y ha ensalzado —en cambio— todo aquéllo que pueda servir de alimento a su orgullosa afirmación de autosuficiencia. El Progreso, engendrado por ella, parece ofrecerse como fiel realizador de sus insaciables ambiciones y, en la esperanza de encontrar en él una dicha estable, se ha entregado en forma total. Y el "hombre" que ansiaba y buscaba su independencia, porque no necesitaba vivir desde algo que orientara su existencia, se encuentra ahora arrollado por el torbellino del Progreso que lo ha convertido en su esclavo. Pero la dicha no llega aún. Y, a pesar de ello, la humanidad se siente optimista; esto, gracias a que hasta ahora ha sido saciada con voladores de luces que sólo le han dado momentánea alegría. Es la razón que mantiene en pie la confianza de lograr allí la dicha definitiva. Porque la Civilización ha sido impotente para darnos otra cosa que fórmulas de perfeccionamiento de la materia y, en su impotencia, se esfuerza por convencernos que el hombre será tanto más feliz, cuanto mayor sea su poder sobre la materia y mayor sea, también, la utilidad que de ella pueda obtener. Lejos estamos de afirmar que la Civilización nada nos ha dado. Por el contrario, hemos recibido de ella muchas satisfacciones, innumerables satisfacciones. Pero nada más que eso: satisfacciones. Ellas nos han servido para ocultar nuestra angustia, no para borrarla. Han sido jocosas mascarillas que cubren nuestro rostro ostentando felicidad. Pero no somos felices. Sólo estamos satisfechos. Hemos olvidado que además de Carne tenemos un Espíritu que la anima, y que sin este último no hay posible felicidad. Nuestra

actual Civilización lo ha olvidado. He ahí el símbolo de su fracaso.

La Razón ha suplantado al Espíritu. En ella se ha incubado nuestro Progreso material y ella ha sido quien lo ha nutrido. Este plasma que corre por sus entrañas ha hecho posible que a medida que se desarrolle en su ciclo vital, vaya engendrando monstruos que sólo sobreviven hasta la aparición de otros más feroces que logran su aniquilación. Los frutos del Progreso se destruyen entre sí para seguir "progresando". De sus propias cenizas surgirán nuevas fórmulas que lograrán superar a las anteriores, creando así un grado más de Civilización. No tardará en llegar la lucha por alcanzar el pináculo. Lo conseguirá el que esté más capacitado para crear poderío. Pero esta carrera loca tiene una dirección; es decir, cree tener una dirección. Es la búsqueda de la dicha en el Progreso, no utilizado éste como medio para conseguirla, sino estando en la certeza de encontrarla en él mismo. Y esta aspiración del hombre, natural aspiración, de ser dichoso, se ha visto frustrada en su realización, pasando él a ser una víctima del Progreso que no titubeó en estimular. Esta es la tragedia del hombre moderno. La Ciencia le ha proporcionado los instrumentos necesarios para que todo esté a su más fácil alcance y, sin embargo, lo ha alejado de aquéllo que ansiaba en último término: su felicidad. El materialismo de nuestra Civilización no puede dársela, porque carece de ese contenido esencial de eternidad que hace la única y verdadera felicidad.

2.

Hay signos del Progreso que han sido eficaces en su tarea de proclamarlo poseedor de la felicidad. El anhelo de simplificar y reducir, con estricto sentido lógico, los problemas del más variado orden, ha planteado al hombre una situación de decisiva significación: aspirar a una progresiva eliminación del esfuerzo, con miras a acercarse a una vida menos compleja y más dichosa. Ya se cree sin tropiezos que una existencia problemática no puede albergar sino amarguras y desilu-

siones. Pero, ¿es que podemos concebir una vida no problemática? Indudablemente que no, porque es allí justamente donde se manifiesta la mayor o menor posibilidad creadora del hombre. De ahí que cuando intente transformar su vida en algo simple, exento de complejidades, estará destruyéndose a sí mismo —dejando de ser— y modelando formas estériles. Esta pseudo paz se consigue a cambio de disminuir las expresiones vitales, lo que ya significa un renunciamiento a lo que es propio de la naturaleza de los seres humanos. Sin embargo, nuestra Humanidad parece no haber vacilado ante trueque tan poco oneroso. Y no podía haberlo hecho. La mentalidad universal que ha creado la actual Civilización, tiene otras concepciones de la vida, imprimiéndole —por lo tanto— una orientación conforme a ella. Desgraciadamente, nos hallamos en tal grado atrapados por el ambiente que, a veces, nos confundimos en él y nos resulta penoso escapar de sus tentáculos. Hasta llegamos a sentirnos felices. Pero tal felicidad tiene un signo: su perenne ansiedad, su eterna angustia. Entonces logramos comprender que la vida hay que vivirla integralmente, sin reducirla al servicio de nuestras antojadizas ambiciones.

Se goza plenamente de la vida, no cuando se busca en ella la felicidad, sino cuando se vive. Y vivir significa amar lo dulce y lo amargo, la paz y el dolor. El deseo de huir de este último entraña una cobardía, que —en el fondo— no es sino una negación de la vida misma. Porque toda cobardía lleva incorporada en sí una negación. Es la actitud del "homo economicus", engendro del mundo civilizado, que niega el valor de lo que no produce utilidad o de lo que representa un obstáculo para conseguirla. Nuestro hombre es cobarde porque, queriendo ser feliz, teme a la felicidad misma. El estado de su pensamiento no le permite concebir que se pueda ser dichoso en el dolor o en el sufrimiento. El Progreso se ha esforzado en demostrárselo, y sólo ha logrado deformar su capacidad física y moral. El maquinismo —su instrumento—, junto con haber alcanzado a reducir al mínimo el esfuerzo humano en sus más variadas manifestaciones, ha aplastado la grandeza

creadora del individuo. Esto lo ha llevado a definir su actitud: o sigue buscando la dicha en el Progreso, que en tan alto grado ha participado en su empujamiento, o crea una Civilización en que el elemento humano — Espíritu y Materia— sea su contenido. Y no su víctima.

3.

Toda cultura, esto es, el conjunto de valores que incorporados al hombre origina una existencia histórica propia, se encuentra en una íntima relación con el espacio en que ella ha de realizarse y con el elemento humano en que se manifestará. Un concepto meramente objetivo de ella, nos llevaría a considerarla como un ente independiente de los hombres que la poseen. Esta sería la cultura propiamente tal. Cuando ella se adhiere al factor "hombre" y pasa a integrar su personalidad, tenemos su aspecto subjetivo. Si bien se ha distinguido en el total contenido de la cultura estos dos órdenes diferentes, en ningún modo se pretende con ello negar el necesario y natural enlace que entre ambos existe. Al contrario, inútil sería pretender definir una cultura sin antes conocer el tipo humano en que se realiza. Porque en último término, será él quien determine la forma de adhesión a aquél conjunto de valores esenciales. La cultura tiene en sí infinitas y ricas posibilidades de manifestación, pero su realización en el espacio y en el tiempo, está subordinada a la situación específica del hombre en el momento histórico en que vive.

Ahora podemos preguntarnos, ¿cuál es la actitud cultural del "hombre" de nuestra época?

Se ha dicho que un hombre culto es aquél que vive a la altura de su tiempo. En otras palabras, aquel que sabe desempeñarse de acuerdo con el ambiente en que se desarrolla su existencia. En este sentido, todo hombre que refleje el estado de su medio se le considerará como "culto". No quiere decir esto que el tipo humano sea modelado por las características de su tiempo. El sólo deberá aprovechar las condiciones ambientales para conseguir incrementar el desenvolvimiento de sus facultades humanas. Naturalmente, ello exige una jerarquía

de valores que permita distinguir el fin de los medios, la esencia de lo meramente accidental. Aun más, entre todos los medios que contribuyen a hacer más expedito nuestro desarrollo vital, debe haber una necesaria subordinación. Los medios materiales —Progreso material— tendrán que depender de los de carácter espiritual. Si de estos se carece, imposible será hablar propiamente de cultura. Nuestro mundo actual, de honda raíz materialista, ha perdido la noción de “lo cultural”. Sin embargo, consciente de su vacío, ha debido crear un nuevo concepto de cultura que marche acorde con su mentalidad. Hoy es culto el que ha logrado acumular una considerable cantidad de conocimientos de la más variada índole. Ya no se necesitan sino unas cuantas carillas para abarcar —en forma “condensada”— infinitos problemas, sean de la más elevada técnica o de alta metafísica. Nada hay ya que pueda ser desconocido para el hombre civilizado. Esta afirmación, que a pocos ha de extrañar, ha sido la que lo ha llenado de un vano orgullo. Ha llegado a creer, sin vacilaciones, que el Progreso lo ha hecho más culto, olvidando que la cultura —a la inversa del tornillo y de la máquina— no es susceptible de ser “fabricada en serie”. He aquí la diferencia sustancial: la Civilización es una técnica, la Cultura es un florecer del Espíritu. Mientras éste falte, nada habremos obtenido. El desparramo de conocimientos sobre la masa, no dejará huellas. Es que la Cultura es una forma del ser, no del saber.

4.

La era del Progreso toca a su fin. El enorme desequilibrio entre los valores espirituales y materiales, con la supremacía de éstos, ha sido el signo de su muerte. Es necesario crear una nueva Civilización donde haya menos placer y más felicidad: una Civilización Cristiana. Toca a la juventud erguirse de su prematura prostración e iniciar la marcha. Sin detenerse. Con heroísmo. Así hemos de encontrar el verdadero camino de la eterna felicidad.

A G O N I A D E L T O R O

Una mano de niebla temerosa
llega a tu corazón doliente y fría,
y aprieta lentamente, como haría
el aire más sereno con la rosa.

Su dulce sombra, mansa y silenciosa,
sube a tus ojos su melancolía,
apagando tu dura valentía
en la pálida arena rumorosa.

La dura pesadumbre de la espada
no permite siquiera tu mugido;
poderosa y tenaz está clavada.

Tú ves cerca de ti a quien te ha herido
y tiendes tu mirada sosegada
sin comprender; Oh Toro, cómo ha sido.

ENSAYO SOBRE EL ESPIRITU ROMANO

Roma no tuvo para forjar su nacionalidad un Homero que cantara las grandezas de su raza, ni las diversas vicisitudes por las que pasaron los hombres que crearon la patria tal vez en medio de dificultades sin cuento; no tuvo un educador que señalara la ruta y la línea de acción a sus ciudadanos presentándoles algún gran ideal que alimentara su espíritu y orientara su vida educando con unos mismos principios a los venideros y trazando los rasgos más característicos de ese ideal al que todos habrían de aspirar. Tuvo, sí, un gran poeta que enalteció sus triunfos, pero no al hombre que rompiera el fuego y delineara el camino.

La influencia griega.

El fenómeno más importante que constatamos al estudiar la trayectoria de la cultura romana es su indiscutible dependencia de Grecia. La civilización de Roma y toda su cultura es una continuación de la gran cultura griega agonizante. Grecia, después de deslumbrar al mundo con sus creaciones geniales, cayó en el más lamentable realismo artístico y ya no volvió a ser la Grecia magnífica y fecunda de la época áurea, por la sencilla razón de que había perdido la fe en sí misma y en sus creencias, y lo que antes fuera objeto de admiración y poderoso estímulo nacional, llegó a ser después motivo de irrisión y decadencia que la llevó a la postración definitiva de la que no se volvió a levantar más. Grecia había cumplido su misión dentro de la cultura universal. El arte y en general toda la cultura helénica naturalista de la época alejandrina de los siglos III y IV antes de J. C., fué propagándose más y más por el mundo asiático y por el europeo e invadiendo los centros civilizados con innumerables objetos del arte decadente que ya no representaban en todas sus formas el sentido neto de la Grecia artística. Aquí es, precisamente, donde nace

la cultura romana. Italia, influenciada desde muy antiguo por la rica cultura helénica, había llegado a ser una de las colonias más florecientes de Grecia, donde se cultivaron, al igual que en la metrópoli, todas las artes, la filosofía y la oratoria. Pero llegó el momento en que, a causa del estado anémico de Grecia, que comenzaba a decaer paulatinamente de la cumbre a la que había llegado en la era de Pericles, Roma surgió esplendorosa y llena de vida como una nueva floración de un pueblo moribundo y prometiéndose largos siglos de prosperidad.

Esta es la posición de Roma dentro de la cultura, siendo su principal papel el continuar la trayectoria griega, pero con una nueva orientación. Las artes, la literatura, las costumbres, hasta las mismas leyes, que son el orgullo de Roma, son objeto de inspiración griega. Nada decir de la educación durante los primeros tiempos que era a base de los escritos de Homero traducidos al latín. Aun después, en plena república, los ánimos juveniles eran instruídos con la ayuda de las antiguas leyendas y sentencias de los filósofos y escritores griegos; aprendían la elocuencia, disciplina tan estimada entonces, en escuelas que se fundaron al efecto regentadas por un profesor griego y otro latino. Con el retor griego aprendían a traducir las obras de Grecia y con el latino hacían los ejercicios de elocuencia en las controversias forenses. Más aún, los jóvenes de familias acomodadas y sobre todo aquéllos que aspiraban a cargos públicos elevados, completaban su educación con el clásico viaje a Atenas y Rodas, centros de verdadero humanismo, frecuentando las aulas de los mejores oradores y visitando los antiguos monumentos del arte griego. Así penetró el espíritu griego por todos los poros de la vida romana, educadores griegos, libros griegos, estatuas griegas en los templos y en los paseos públicos.

Orientación romana

Ahora bien, aunque Roma heredó en gran parte este influjo extranjero, sin embargo, en su totalidad tuvo, como hemos dicho, una orientación peculiar. Roma recibió una influencia decisiva de Grecia, pero su cultura fué otra, su punto de vista varió completamente. ¿Cuál

fué, pues, su orientación? Hay que partir de la base que Roma se impuso al mundo por la fuerza, al ir lentamente, a través de los años, consolidando su poder ante las demás naciones. Así, el romano parte de hechos mucho más realistas, por así decirlo, más materiales y prácticos, y por eso basa su orientación de la vida precisamente en aquéllo que lo constituye grande, la fuerza. Con lo que los romanos llegan a sentirse verdaderos descendientes del legendario Rómulo alimentado por la robusta loba. Por eso la fuerza llega a ser entre ellos la base de su poderío y el principio de su humanismo, con una trayectoria bien marcada y más o menos definible.

Ante todo está la ley que fundamenta sólidamente su derecho, colocado como piedra angular del edificio social y político, y a base de la ley y del derecho un imperio perfectamente organizado que se levanta como gigante ante los demás pueblos; un imperio que, por la vitalidad de su organismo poderoso comunica a todos sus ciudadanos la conciencia de su grandeza, y por medio de esa conciencia, la fuerza individual indiscutible que cada miembro de esa sociedad siente en sí por participación, originando su superioridad moral y efectiva ante los demás. Y aquí está precisamente lo grande de Roma. El derecho y del derecho la creación del imperio, la obra cumbre del pueblo romano, pues, Roma, en sentir de Menéndez y Pelayo, no escribió más poema que el poema jurídico, ni inventó más filosofía que la razón escrita de sus leyes. Ley, derecho, fuerza, he aquí la brecha, la razón de todo lo grande que hizo Roma. La ley que es la reglamentación teórica del ideal jurídico-cultural, el derecho que comunica a cada individuo la conciencia de su propia personalidad como miembro de ese cuerpo poderoso, y la fuerza consiguiente efecto de lo anterior y principio fecundo de acción. De aquí que el romano fuera eminentemente guerrero y conquistador. Para él no hubo más arte que la guerra y todo ciudadano estaba destinado a ella, poniendo todo su talento para perfeccionarla. El romano con esta perspectiva soportaba con relativa facilidad todas las privaciones que su vida le imponía, se acostumbraba a cargar las pesadas armas, para lo cual desde joven trataba de aumentar sus fuerzas físicas por medio del trabajo rudo y conti-

nuado y aquellos ejercicios que fueran más a propósito para adquirir la máxima agilidad corporal. Homero entre los griegos había destacado en sus héroes, como una de sus cualidades sobresalientes, las fuerzas físicas, la destreza y la agilidad del cuerpo; en un romano esto era lo ordinario, y su mayor alabanza consistía no en poseer estas cualidades sino en no verse privado de ellas. El historiador romano Salustio alaba a Pompeyo porque corría, saltaba y era capaz de soportar la carga impuesta para los ejercicios gimnásticos, igual que todos los otros jóvenes romanos.

Pero este espíritu guerrero del romano llegó a ser el alma misma de toda su vida. El tiempo de paz, fruto de alguna victoria, ponía a Roma en condiciones de hacer una nueva guerra, y la práctica constante de ese modo de vivir les proporcionó un talento guerrero peculiar, una prudencia bélica fecunda que los llevó a grandes triunfos. En efecto, los romanos sabían esperar, en sus conquistas procedían con lentitud cuando las circunstancias así lo pedían, primero debilitaban al enemigo insensiblemente y luego lo sometían a su obediencia. A donde no llegaban sus armas, influían con el terror de su nombre o por medio de las negociaciones diplomáticas; y así fué como Roma se colocó poco a poco a la cabeza del mundo. Además, los romanos nunca se avergonzaron de aprender de otros lo bueno y tomarlo para sí.

Con este espíritu fué posible que Roma reuniera un ejército considerable para tenerlo de planta, y como la tierra se hallaba a los principios repartida entre los particulares, de ahí que todos quisieran proteger sus propios intereses aumentando en los individuos el patriotismo guerrero y el valor militar. “Decidme —pregunta Tiberio Graco a los nobles— ¿qué vale más, un ciudadano o un perpetuo esclavo?, ¿un ciudadano o un hombre incapaz para la guerra?, ¿preferís renunciar a la esperanza de conquistar el mundo con tal de tener unos palmos más de tierra que los demás?”. Para un ciudadano romano, el soldado llegó a ser sinónimo de ciudadano libre y el ser incapaz para la guerra lo mismo que ser esclavo. Por eso pudo Roma consolidar cada vez más su poderío, dilatando el ámbito de las regiones conquistadas y comunicando

a sus ciudadanos la conciencia del imperio, de la república poderosa, con la creación de un verdadero tipo modelo del ciudadano romano el "cives romanus sum", que llegó a ser cosa sagrada e inviolable ante todos aquéllos que no habían tenido la dicha de ser contados en el exiguo número de los tales y que por lo tanto quedaban comprendidos bajo el apelativo común de "res", cosa.

Además, esta conciencia del propio poder tuvo en el romano otra consecuencia bien característica, y fué el querer que su grandeza perdura a través de los siglos, de donde se originó el sentimiento hondo del honor y de la fama que tuvieron un papel importante en el carácter romano. Salustio dice que desde muy chicos los jóvenes romanos en sus ejercicios militares se esforzaban por conseguir la mayor gloria posible luchando entre sí por conseguirla; por eso cada uno trataba de ser el primero en herir al enemigo, escalar los muros y emprender obras difíciles, procurando principalmente el ser vistos mientras esto hacían, porque, como nota el mismo historiador, estaban persuadidos que su mayor timbre de gloria y la nota máxima de nobleza consistía en la fama que con ello adquirirían, "buscando toda clase de alabanzas sin preocuparse mayormente del dinero sino sólo en cuanto fuera necesario para una honesta medianía".

Como puede verse, el ideal de los romanos fué algo bien diferente del que se trazaron algunos pueblos del Oriente, en especial Grecia. El griego, como se sabe, recibió una rica herencia humanística elaborada a través de varias generaciones que lucharon por alcanzar una meta definida muy alta; era la rica herencia educadora de Homero que había trazado los caracteres del ideal de su raza. Homero fué, pues, el maestro de todo un pueblo y así los siglos siguientes no tuvieron más que realizar el modelo propuesto. Pero lo importante estaba en la gran fuerza educativa de ese ideal trazado de antemano y, por decirlo así, cuando el pueblo griego comenzaba aún su etapa de formación. Por eso los griegos fueron hombres llenos de idealismo y progresistas, imprimiendo este espíritu en sus obras artísticas, culturales, sociales o políticas, caracterizadas siempre por ese sello peculiar de su personalidad, como fruto maduro de un fin bien marcado. En cambio el

ideal romano es otra cosa. Es en cierta manera estacionario, sin etapas de evolución. Ante todo una ley y un derecho que cimenta el imperio y de ahí la fuerza, la conciencia individual de esa misma fuerza y por medio de ella, el dominio cada día creciente sobre los demás pueblos. Eso es todo; y alrededor de ello todas las demás cosas, acción y acción, con su máximo de efectivo realista y la culminación de su suprema aspiración, de su ideal. El griego tuvo una mira eminentemente artística, la consecución del hombre perfecto, en torno a lo cual giraban todos sus intereses; mientras que el romano fué el hombre de la fuerza y de la acción, fué el soldado conquistador que colma su ideal al conseguir la máxima superación en el campo de las fuerzas físicas. Por un lado —el caso de los griegos— un ideal artístico, por otro —los romanos— un ideal puramente práctico; por eso el individuo como individuo no manifiesta, en sus diversas actividades, sino la relación objetiva, conforme a esa orientación general, entre su persona y el fin propuesto.

Cuando Cicerón ejercía el oficio de pretor, aunque todavía no era El Cicerón del consulado, el orador perfecto que con su vibrante elocuencia salvó momentáneamente a la república de las miserias internas, tuvo ocasión de apoyar una ley propuesta con el fin de que se eligiera al ciudadano más capaz para terminar una guerra de muchos años que perturbaba la tranquilidad de Roma en las colonias romanas del Asia Menor. Pues bien, al declarar su pensamiento sobre las cualidades que había de tener el perfecto general nos dejó, tal vez sin pretenderlo, un bosquejo certero del hombre, según la concepción romana, del militar que toma su máxima expresión en el general. Dice que el tal individuo ha de poseer las siguientes cualidades: ante todo un conocimiento perfecto de la técnica militar; en segundo lugar lo que él llama la "virtud guerrera" que encierra un conjunto de cualidades que ponen a una naturaleza en condiciones de servir a los intereses de su patria; en seguida autoridad en su elevado cargo como representante de una potencia sin rival, es decir, prestigio y ascendiente personal ante su tropa y aun en la estima del enemigo mismo; por último, buena fortuna; es decir, suerte en sus campañas.

En una concepción de la vida tan eminentemente guerrera, no es extraño, como hemos dicho ya varias veces, que todo gire alrededor de la vida militar. Lo que entre los griegos se llamó "areté" y comprendía una infinidad de virtudes naturales en un campo más amplio de la actividad humana, para los romanos estuvo reducido principalmente al ámbito guerrero sintetizado en estas virtudes o cualidades de la vida militar. El mismo Cicerón pasa a analizarlas. En cuanto a la pericia técnica de las actividades bélicas, ella se consigue con la experiencia continuada que el romano ha adquirido desde su juventud. La obtendrá quien desde sus más tiernos años haya luchado en las principales campañas y, lo que es de suma importancia, junto a generales expertos y de renombre, como lo fueran un Sila o un Pompeyo. Este aprendizaje bajo la tutela de un experimentado maestro era lo que daba más fama a todo aquel que aspiraba a tener bajo su mando un ejército romano. El segundo requisito del ideal guerrero consiste en esa virtud guerrera, que es, sin duda, lo principal, por abarcar, como hemos dicho; todas aquéllas cualidades de valentía e integridad personal indispensables. Ante todo, comprende una dedicación completa a su cometido para llevarlo a efecto con el mayor dinamismo que le suministre su talento, teniendo ante los ojos el prestigio de su nación y la fama consiguiente que toda empresa feliz aporta al individuo, elemento primordial tratándose de un romano. Ese dinamismo en la acción, exige que el general ponga en juego toda su actividad mental para emprender las campañas con la mayor rapidez, para que tenga presencia de ánimo y valor excepcional en los momentos críticos y rapidez en concebir el plan de ataque en las diferentes circunstancias. En segundo lugar, la "virtud guerrera" echa mano a una infinidad de prendas morales y humanas de que necesita un general para serlo cabal y neto, es decir, como auxiliares de esa virtud guerrera. Ellas eran, la integridad personal que impidiera toda venalidad, pues no era raro que ante el propio interés, todo individuo, al verse con un inmenso poder y lejos de las miradas de las autoridades mayores, se aprovechara de cuanta ventajas hallara a su alcance para

adquirir lucro. Cosa importante era ésta bajo el punto de vista de la educación moral, pues como dice Cicerón, "el individuo que no se domina a sí, difícilmente podrá dominar a su tropa". Además, comprende la moderación necesaria y reguladora de las bajas pasiones, ante el lujo, la comodidad, las bellezas artísticas de los pueblos dominados; y la fidelidad a la palabra dada y, en general, la lealtad necesaria frente a los tratados o los intereses universales; por último, las cualidades más personales, como ser la bondad y el sentido humano que permite ese trato indispensable entre súbditos y superiores, soldados y jefes, no podía faltar. Como se ve, esta virtud guerrera, bajo su doble aspecto en lo referente a aquellas cualidades propias del soldado y del hombre era, sin duda, por su significado, el factor más indispensable del ideal guerrero de los romanos. Quedan, además, la autoridad del representante del imperio, y la buena suerte. Lo primero era una derivación de esa conciencia individual algo más generalizada, que el cuerpo fuerte daba a sus miembros al saberse partícipe de esa potencia engendrada por la fuerza; añadiéndose a ella la conciencia estrictamente personal del general, cuya fama de experto estratega es benéfica entre sus soldados a los que infunde valor, y confianza, y ante el enemigo para decidir muchas veces su suerte. La buena fortuna, cuarta cualidad señalada por el político romano, es un elemento altamente provechoso, pero que nadie puede prometerse por ser más bien un don cuasi divino, no es todo, pero sí un poderoso aliado de las virtudes señaladas, sobre todo de la virtud guerrera.

El arte, fruto de la facultad humana creadora más profunda en el hombre y que manifiesta todas las potencialidades espirituales y sociales del ser racional, confirma estas notas características que hemos ido señalando del espíritu del pueblo romano. Menéndez y Pelayo, cuyo poder de intuición es de sobra conocido, nos asegura que ningún adelanto positivo debe la ciencia de lo bello a los romanos. Nunca hubo para los latidos de raza otro arte ni otra ciencia que el arte y la ciencia de la vida política, de la ley y del imperio. "Acuérdate, oh romano, que tu misión es dominar a los demás

pueblos con tu poder", fué su divisa. Pueblo de soldados, de agricultores, de usureros y de legisladores, todo lo demás en Roma es importación elegantísima, pero importación al cabo. La verdadera y legítima poesía de Roma está en la acción, en la vida, en su historia, en el simbolismo y fórmulas de su derecho. Los romanos miraban el comercio y las artes como ocupaciones propias de esclavos. Rómulo no permitió a los hombres libres más que dos clases de ejercicios: la agricultura y la guerra. Por eso el arte romano es la prolongación del realismo griego decadente, más los elementos etruscos de los aborígenes. En Roma la escultura ya no fué hierática como en Egipto, ni bella como en Grecia, sino que fué patriótica; fué un retrato. No un dios que representara el misticismo como en Oriente, ni el tipo humano del ideal griego en sus perfecciones de equilibrio, sino un soldado y otro y otro, hasta llenarse Roma de estas estatuas. Cuantos habían desempeñado alguna función pública procuraban tener ante la vista el testimonio material y perdurable de ello. Más aún, todo el que tenía medios deseaba saber de antemano qué efecto causaría el pilón sobre el que lo colocarían después. Con este mismo fin los escultores utilizaron el bajorrelieve en los sarcófagos y los arcos de triunfo, elemento que un autor ha llamado atinadamente "género histórico" del arte; porque entre los romanos estos bajorrelieves fueron siempre anecdóticos, sirviendo para esculpir en piedra la relación de las campañas y la historia de los grandes generales. Así, por ejemplo, el Ara Pacis, uno de los primeros monumentos artísticos de la época imperial con sus paredes plagadas de incrustaciones relativas a la familia y a los hechos de Augusto. El arco de triunfo, de Trajano, en Benevento, y en el de Tito con la historia de sus triunfos obtenidos en el sitio de Jerusalén, la Columna Trajana con su leyenda espiralada impresa en ricos cuadros escultóricos. Y como primeramente se trató de hacer historia y secundariamente arte, el bajorrelieve romano es todo episódico y en él nada descuella en primer término, bien diferente por cierto del bajorrelieve griego, sobrio y artísticamente concebido, en el que la significación de una escena total era lo que resaltaba a

primera vista, con su conjunto perfectamente trazado. Siempre en el griego primó la idea y la idea creadora.

Como la fuerza basada en la ley y el derecho había sido la causa primera del engrandecimiento del estado, el espíritu romano, guerrero y fuerte, se manifestó con toda su potencia en la obsesión por lo monumental, caminos con pavimentos de piedra como los que actualmente se conservan en parte en ciertas regiones de Austria, principalmente Carintia, acueductos gigantescos que perduran todavía en las colonias romanas, y en general todo lo que descansara sólidamente en el arco y la bóveda que tan artísticamente manejaron llegando a ser algo típico de su arte. La solidez y tales construcciones son el mejor testimonio del poder y de la fuerza romana que se prolonga a través de los siglos.

Consecuencia de esta orientación romana

Grecia, mientras estuvo alentada por su optimismo creador, fué grande y permaneció a la cabeza de todos los pueblos civilizados; pero cuando perdió su móvil de acción, ya fuera por el agotamiento de las fuerzas del espíritu, ya por el pesimismo en que se sumergió a causa de sus grandes desilusiones teológicas, fué paulatinamente decayendo hacia el realismo de la vida y la consiguiente depravación de las costumbres hasta morir. Roma, por su parte, fué obteniendo la consolidación de su poder al ir adquiriendo la fuerza y la conciencia de ella. De ahí se siguieron dos consecuencias. Primera, que como el ideal de la fuerza no es un ideal artístico sino práctico y positivo, la vida de los ciudadanos giró también alrededor de ideales positivos no artísticos, mezclándose a su patriotismo factores egoístas y miras personales, aún entre grandes hombres de estado como un César, un Pompeyo, un Cicerón. Más aún, los individuos más intachables por su integridad, fueron casi una excepción y, así se llegó a decir del correcto Catón, que su autoridad era demasiado honrada y que conocía muy poco la vida real, "que hablaba como si viviera en la idealista república de Platón y no entre las heces

de Rómulo", como bien dice a propósito un historiador moderno.

La segunda consecuencia fué que el pueblo romano, al obtener un máximo de fuerza, y alcanzar su soberanía mundial, y por tanto, la coronación más completa de su ideal, logró como consecuencia lógica de todo apogeo desmedido, la desorganización interna con el desprestigio de las mismas leyes que lo habían encumbrado y el relajamiento más completo de la vida moral. Cómo se iniciara precisamente esta decadencia hasta llegar a un estado de total postración, lo explica magníficamente Montesquieu, reduciendo las causas de ello a dos principales.

Cuando el territorio dominado por Roma se limitaba solamente a Italia pudo su ejército resguardarlo bien, pues, además de ser cosa fácil tratándose de una extensión relativamente pequeña, todos sus habitantes lo miraban como cosa propia y propiedad doméstica. Todo romano era ciudadano y no siendo extremo el número de las tropas cada general elegía convenientemente sólo a aquéllos que no tenían otra mira que la salvaguardia de su ciudad. Pero las legiones romanas pasaron los Alpes y el mar conquistando cuanto pueblo hallaban a su paso, los soldados, en vista del acrecentamiento de sus fuerzas ante la que ninguna nación se resistía y, además, acostumbrados a pasar largo tiempo en los países conquistados, fueron perdiendo poco a poco su espíritu ciudadano. En otras palabras, perdiendo la humildad de la patria chica al verla crecer a causa de sus propios esfuerzos, con lo cual cambió también el modo de apreciar los valores de la vida. Los generales eran mirados como únicos soberanos mientras permanecían al frente de la tropa, desligándose por ello espiritualmente de Roma. De aquí también que el mismo pueblo consciente de esta realidad temiera o envidiara los altos cargos militares, como sucedió con Pompeyo que llegó a preocupar seriamente a los romanos por sus innumerables conquistas.

La segunda causa de la decadencia de Roma radica en la extensión de la ciudad y por lo tanto en la facilidad con que se obtenía carta de ciudadanía romana. Al

principio era ciudadano romano solamente el habitante de Italia que hubiese ayudado a Roma en sus campañas de dominación; y aunque era una gran distinción el serlo, sin embargo, este título preocupó al principio muy poco a los vecinos de Roma. Pero cuando Roma fué Roma, llegó a ser cuestión de vida o muerte el ser ciudadano romano, y si no podían obtener esta distinción por los medios ordinarios, no dudaron en alcanzarla por las armas. Se levantaron ellos incitando y sublevando las colonias romanas del Mar Jónico, siguiéndose los demás aliados. Roma, entonces, obligada a combatir con los que eran, por así decirlo, las manos con que encadenaba al universo, se vió impelida a conceder el tan apetecido título a sus aliados fieles que la había sacado del peligro. Entonces, al ser muchos los pueblos que llegaron a disfrutar de tales privilegios, comenzó a llegar a Roma el aporte extranjero de cada uno, rompiéndose así la unidad nacional.

Tal vez se podría añadir una tercera causa de la disolución de Roma, como consecuencia de las anteriores, y es el hecho lógico de que todo vencedor quiere tener las ventajas, ya sean en comodidades y lujos, aportadas de las ciudades vencidas. Los romanos al ver la comodidad de muchos pueblos de Oriente, no quisieron ya dormir en dura cama de paja, sino sobre blandos cojines; los que habían vencido a reyes, quisieron vivir como ellos y no contentos con sus antiguas casas de ladrillo edificaron palacios de mármol para ostentar la magnificencia de las obras del arte oriental en las estatuas recogidas o quitadas al enemigo. Como los espartanos, también los romanos pasaron con afán de la antigüedad austera a una vida llena de comodidades y cada nueva victoria no fué tanto preparación para la guerra subsiguiente cuanto un nuevo paso en el camino de la corrupción. Pronto no se buscaron ya los cargos públicos por la ambición del honor, santa ambición para un romano, o por el sentimiento patriótico de querer servir a la patria, sino por tener mayor ocasión del engrandecimiento personal. La vanidad creció junto con la avaricia y la nobleza del mérito se convirtió en una nobleza del dinero y el pueblo en un populacho inmo-

ral. Cicerón dice que la fe de los antiguos en la predicción del futuro por medio de los agentes atmosféricos, se llegó a suprimir, pero que por respeto al pueblo crédulo, se observaba el uso y la santidad de ese sacerdocio que ejercían los augures. El mismo Cicerón se admiraba en su tiempo de que un augur pudiera contener la risa al toparse en la calle con otro colega del mismo oficio. Tal estado de cosas era el que lamentaba Salustio, a quien le tocó vivir en los últimos años de la República cuando la corrupción era grande aunque no había llegado todavía a los excesos del imperio; este historiador comparaba la degradación de su tiempo con las antiguas grandezas romanas. “Los que antes habían sufrido tantos trabajos de tan buena gana, tantos peligros y reveces de fortuna y se habían lanzado a empresas de éxito dudoso por amor a la patria, se dejaron después oprimir por el peso de la ociosidad y de las riquezas”. El mismo Cicerón, que por muchos respectos era tenido por una persona íntegra, hubo de confesar que cuando tuvo ocasión de salir en defensa de Pompeyo, lo había hecho movido por el interés personal, “para tenerlo a mi favor o por lo menos para no contarle entre mis enemigos cuando me presentara de candidato al consulado”. Cuando los extranjeros se dieron cuenta del lado flaco de los romanos, tuvieron en la ambición de éstos un poderoso aliado para introducirse en los negocios más importantes del imperio y obtener de Roma lo que querían. Yugurta, uno de los reyezuelos de Numidia, entre las colonias del norte de África, y famoso por su astucia y torpes intenciones, logró comprarse a todos los embajadores romanos que le enviaban desde la metrópoli a pedirle cuentas sobre su proceder en esas colonias. “Cuando yo peleaba con los romanos en calidad de aliado suyo en la guerra de Numancia —dice— tuve ocasión de conocerlos bien, dándome cuenta que con plata se compra cualquier cosa entre ellos”.

Roma estaba hecha para engrandecerse, dice Montesquieu, sus leyes eran admirables para ellos; así fué como bajo cualquier régimen de gobierno, bajo la monarquía, o la república o el imperio, bajo el poder de la aristocracia o de la democracia, nunca cejó en sus em-

presas a fuerza de constancia, y venció. No se encontró de la noche a la mañana en un estado superior con relación a las demás naciones, fué obra de esfuerzo continuo: con la misma superioridad con que se sostuvo en los comienzos permaneció después en la época de su medianía y de la esplendidez; no tuvo éxitos de los que no se supiera aprovechar, ni fracasos que no le reportaran alguna utilidad. Así Cicerón cuando comenzaba a ser el as de la elocuencia romana logró mover a todo el pueblo contra uno de los reyes más poderosos del Asia, poniendo como argumento primordial a sus conciudadanos la infamante derrota recibida de ese mismo rey y que fué reputada como la mancha más ignominiosa que había caído sobre el nombre romano. Pero Roma terminó su obra llegando demasiado pronto a la meta. Por eso perdió su libertad.

LA AGUJA DEL TIEMPO

● LO QUE ROOSEVELT PROMETIO EN YALTA A STALIN.

El periódico de Lisboa "O'Seculo" publicó en su edición del 13 de febrero último, el texto del acuerdo secreto a que llegaron Roosevelt y Stalin en la Conferencia de Yalta. Se hallaba en poder de Harry Hopkins, amigo y confidente del fallecido Presidente americano. Otorga grandes concesiones políticas a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y contiene la base de una colaboración económica entre ambas potencias, con vistas a la unificación económica mundial, o una especie de hegemonía económica del mundo.

El 11 de febrero de 1945 el mundo se enteró de que "los tres grandes", reunidos en Yalta, se habían puesto —al fin— de acuerdo. El suave clima de la península de Crimea había, sin duda, logrado disipar recelos, y tras laboriosas discusiones, Stalin, Roosevelt y Churchill, asistidos por sus más altos consejeros políticos y militares, acababan de dar cima a uno de los acuerdos más trascendentales de los últimos tiempos. Sin embargo, en el comunicado de la conferencia, no obstante su amplitud, quedaban en el aire algunos puntos de índole política que, lógicamente, habrían sido puestos a discusión. En el texto del referido comunicado se explicaba prolijamente que habían sido adoptados diferentes planes militares en cuanto a la derrota total de Alemania —planes que por sí solos no justificaban el largo desplazamiento de tan altos personajes, ya que en aquella época los Ejércitos del III Reich se batían en defensa de la propia tierra alemana—; pero en cuanto a los problemas políticos de la post-guerra se le dedicaban bellas frases, en las que se conjugaban las palabras "paz justa", "bienestar y libertad general de toda la Humanidad", sin que se fijase de un modo categórico en qué consistían los acuerdos tomados en algunos puntos de tan gran trascendencia como la participación de las diferentes naciones vencedoras en el posible botín y el reparto entre "los grandes" de las zonas de influencia europea. Naturalmente, hubo quien habló de posibles acuerdos secretos; pero esto fué negado por los que habían intervenido en las conversaciones que constituían la base inicial de lo que había de ser el nuevo orden mundial bajo el imperio de la O. N. U.

Transcurridos dos años, los acuerdos de Yalta, una vez vencida Alemania, han pasado a constituir el "caballo de

batalla" de los vencedores en su difícil tarea de lograr la anhelada paz. París, Londres y Nueva York han sido testigos de lentas e inútiles discusiones sobre ridículos temas, mientras se pasaban por alto actitudes y hechos que muchas veces rayaban con el desafío, y así, mientras Molotov y Gromyko lanzaban vana palabrería, Moscú imponía su efectivo dominio sobre más de la mitad de Europa, sin que sus aliados opusiesen el más mínimo reparo.

Ha sido ahora Harry Hopkins, el amigo y confidente de Roosevelt y uno de los personajes más caracterizados que acudieron a Yalta, quien, al publicar unos acuerdos secretos entre Roosevelt y Stalin, adoptados en aquellas conversaciones, y que actualmente se hallan en poder del primero, ha develado parte del misterio. El tratado político acordado por ambos Jefes de Estado comprende, entre otros puntos, los siguientes:

—El Presidente de los Estados Unidos reconoce la necesidad que existe para que la U. R. S. S. tenga un libre acceso al Mediterráneo, así como al de que garantice de un modo efectivo la seguridad en el mar Negro y en los Estrechos.

—La U. R. S. S. se compromete a someter esta cuestión a la futura Organización internacional para tratar el problema de una seguridad colectiva; pero teniendo en cuenta los intereses particulares de Rusia como la mayor potencia costera del mar Negro".

Asimismo, y en el mismo tratado, Roosevelt reconoce que Rusia debe ser indemnizada por Alemania de los perjuicios sufridos durante la guerra, y con ese objeto fija que la forma de esta indemnización sea la siguiente:

—La indemnización será realizada por medio de una leva anticipada del utillaje industrial alemán, por el trabajo en la Unión Soviética de los prisioneros de guerra alemanes y por la utilización para la reconstrucción de la U. R. S. S. de la mano de obra civil alemana por medio del reclutamiento obligatorio (1).

—La leva anticipada sobre la maquinaria industrial alemana se realizará en las industrias siguientes; metalúrgica, química (con excepción de los sucedáneos de los géneros alimenticios), instrumentos de precisión electrotécnicos, construcciones navales, tejidos y fibras textiles de cualquier género, gasolina artificial e instrumentos y aparatos cinematográ-

(1) Es interesante recordar que uno de los crímenes específicos imputados a los jefes alemanes condenados en Nürenberg consistió en la utilización de prisioneros para trabajos forzados y en la contratación obligatoria de operarios!

ficos y fotográficos. Se entiende que la industria de guerra será íntegramente transportada a la U. R. S. S. (la que radique en zona rusa), y destruída aquella parte no transportable.

—El Presidente de los Estados Unidos juzga necesario que la U. R. S. S. se beneficie del 75 % de la maquinaria disponible en toda Alemania”.

Ya hemos visto de qué forma la U. R. S. S. ha aprovechado las cláusulas de este documento publicado por Hopkins, que aclara de forma contundente aquellas lagunas del comunicado de Yalta. Washington, Londres y Moscú alzaron entonces su júbilo por los acuerdos adoptados. Ahora vemos cuál de ellos tenía verdaderamente razón para aquella alegría.

No sabemos qué pensarán ahora Truman y Marshall, y, sobre todo, qué pensará el pueblo americano.

● LA PROPAGANDA COMUNISTA EN CHINA.

Con una peligrosa evidencia, el bolchevismo amplía sobre el mapa entero del mundo el campo de sus sortilegios y de sus consignas. Frente a la ingenuidad o a la traición de los Gobiernos, Stalin juega con frenética intensidad todas sus líneas tácticas de penetración ideológica y de puro y material vasallaje. Ninguna pirueta diplomática le está vedada; ningún obstáculo político le exige remilgos y ningún aparente contra-sentido histórico le obliga a la abstención. Ahora que andan bastante desasosegados los periódicos democráticos con ciertos temas de la expansión soviética, llega a nuestras manos el último número de la revista “Razón y Fe” y, en él, un importantísimo trabajo —a nuestro juicio sensacional— que desde las misiones de Wuhú (China) escribe el jesuíta español, reverendo padre José F. Corta. El artículo, de gran extensión, es ajeno por completo a las derivaciones políticas y a las interpretaciones internacionales. Es una información absolutamente objetiva, llena de datos y de precisiones, con una sincera y sencilla exposición de hechos, bajo los cuales, sin embargo, palpita todo el dramático descuido que la civilización cristiana ofrece en muchos ángulos de la geografía ante el peligro comunista. Como la importancia del tema descansa exclusivamente en los datos que expone el padre Corta, nos limitamos a extractarlos en sus líneas más generales y significativas.

Afirma el autor del artículo, apoyándose en las estadísticas más solventes, que el analfabetismo en China constituye una plaga no inferior al 80 % de la población, o sea un total aproximado de 380.000,000 de seres humanos que no saben leer ni escribir. La complejidad de la escritura ideo-

gráfica (el aprendizaje de los 3,000 ó 4,000 caracteres chinos exige más de seis años de estudio) resulta insuperable casi en absoluto para el hombre medio de China. Razones económicas, sociales, geográficas y de otra índole avalan esta formidable "muralla china" con que se cierra todo camino a la cultura popular. Sobre todo, las razones económicas. Cita el padre Corta el juicio del escritor inglés O. M. Green: "La lucha por la vida en China es tan feroz y comienza tan pronto (aun a los ocho o nueve años, ordinariamente, un niño o niña tiene que ganarse la vida); hay tan poco dinero que restar de los duros requerimientos del trabajo cotidiano (no se diga nada del dinero), que mientras no se encuentre medio de enseñar a las masas el máximo de vocabulario esencial en el mínimo de tiempo y con el mínimo de coste, la nueva literatura popular (Paihua) quedará tan inasequible para ellos como la antigua literatura clásica".

Patrimonio de una limitada casta de letrados, los caracteres ideográficos chinos ofrecen su mastodóntica configuración, sin permitir la más leve flexibilidad a la enseñanza. Todas las opiniones que el padre Corta recoge en su magnífico trabajo se polarizan casi sin excepción en la urgente necesidad de encontrar un sistema fonético de latinización que permita un rápido aprendizaje del chino. Mientras tanto, la escritura de la vieja lengua queda a merced de los eruditos o a la paciente y santa terquedad de los misioneros, como el padre Elizondo, jesuita español que ha publicado ya quince volúmenes en caracteres chinos para explicar el catecismo a las misiones de la antigua tierra y prepara diez más.

Hacia 1835, los misioneros norteamericanos protestantes insinuaron con mucha clarividencia el gran problema de la reforma de los caracteres chinos. Con extraordinaria energía pusieron manos a la obra, y hacia finales del siglo pasado habían romanizado la Biblia y el Nuevo Testamento en nueve dialectos chinos y habían comenzado en otros diecisiete a latinizar gráficamente los evangelios. El éxito fué fulminante, en sólo un año la Sociedad "The South Fukien Religious Tract Society" vendió 50,000 ejemplares de la Biblia, y en 1922 los protestantes habían distribuído ya cerca de 200,000 ejemplares de biblias romanizadas. Comenzaron a surgir periódicos con los nuevos caracteres en Amoy, Hinghua, Cantón y Shanghai, y se nombró una Comisión de peritos protestantes con objeto de romanizar la lengua mandarínica. El éxito de la romanización resultaba evidente cuando, de pronto, las supremas autoridades protestantes ordenaron la supresión de todos los trabajos y la adopción del sistema fonético del Gobierno chino (Kuoyin Tzumu). Este último sistema oficial

había sido adoptado por el Gobierno de Pegón después de un Congreso para la Unificación de la Lengua que se celebró en 1913, y al cual se propusieron hasta cuarenta sistemas diferentes. Esta Romanización Nacional no tuvo jamás resultados de importancia y se la consideró siempre como especulativamente más perfecta y armónica, pero difícil en la práctica, sobre todo para el pueblo.

Mientras tanto, y a lo largo de toda esta actividad protestante y de la propiamente china, el mundo católico trabajó también con intensidad, si bien el P. Corta reconoce en su estudio que siempre muy poco en relación con los esfuerzos protestantes y, sobre todo, comunistas. Los franciscanos españoles, monseñor Ibáñez y el padre Isidoro Saura, escribieron libros e incluso llegaron a publicar una revista en caracteres romanizados; pero esta labor ha quedado detenida por las terribles circunstancias que atraviesan actualmente los misioneros españoles en el Yenan. Dueños los comunistas de la región de Shansi establecieron su cuartel general y su capital comunista precisamente en la sede de monseñor Ibáñez, obligando a los heroicos misioneros españoles a emigrar a otras partes. De este prelado escribe el P. Corta: "Este insigne obispo, gloria de España, ha aventajado a los demás en la clarividencia con que intuyó la necesidad de esta reforma y en el ardor con que la quiso llevar a efecto. Su egregio libro sobre la romanización de la lengua china contiene páginas llenas de amor al pueblo chino, sobre todo al humilde y sencillo; inspira entusiasmos orientadores para emprender este tortuoso camino y anima a vencer los obstáculos con que ha de tropezar quien quiera andar por él".

Otro esfuerzo católico para la romanización de los caracteres chinos lo constituye la "Interdialéctica", ideada por el P. Enrique Lamasse y llevada a efecto por el padre Jassin; pero este sistema está todavía en período de experimentación y, aun dentro de su esfuerzo colosal, no puede todavía aventurarse si, efectivamente, constituye la solución del gran problema de la cultura china.

De pronto, hacia 1931, la política comunista proclamó que "la latinización de los caracteres chinos sería la gran revolución del Extremo Oriente". Y de un modo fulminante para asombro de quienes creen que los soviets se paran en terminologías eruditas y en adjetivaciones históricas, aparece el "Latinxua", que, según el P. Corta, constituye el movimiento de latinización más fuerte que se ha lanzado hasta ahora en China. La romanización de los caracteres había sido ya utilizada en otras partes por la Unión Soviética.

Emigrantes chinos comunistas se dieron cuenta de los éxitos culturales de este movimiento y trataron de aplicar

los mismos principios a la lengua china. La idea —siempre según el autor del artículo que extractamos— germinó en la mente del comunista chino Chu-Chiu-pe. Noventa representantes de la población china del Extremo Oriente soviético participaron en la primera conferencia para la latinización del chino. La presentación al público del nuevo sistema se hizo en Vladivostok el año 1931 y ante dos mil asambleístas, que aprobaron los trece principios básicos del “Latinxua”. Afirma el padre Corta que editaron también un semanario, del cual él ha llegado a conocer hasta el número 153.

Inmediatamente comienza la infiltración en la China propiamente dicha. Se vió que los estudiantes universitarios aprendían el sistema del “Latinxua” en menos de ocho días y bien pronto las Universidades de Tsinghua, Yenching, la Universidad Nacional y la Universidad Normal fueron entusiastas focos del nuevo sistema. De aquí pasaron a las Universidades de Shanghai, Cantón, Hong Kong y otras. Los centros más importantes eran los de Shanghai.

Como siempre en el juego comunista, las gentes liberales y democráticas de posible buena fe se unieron a esta especie de “frentepopulismo” lingüístico. Se recogieron firmas —el sistema de siempre— entre literatos, pedagogos y sociólogos, entre los que figuraban el maestro de la intelectualidad china Ts-ai Yuan-Pei y el hijo del mismísimo Sun Yat Sen. Pero donde en realidad florecía la propaganda del idioma no era entre estos medios intelectuales, sino en los parajes más siniestros del activismo comunista. Según el comisario de Educación del Ejército rojo, Hsu T'eh-li, cerca de veinte mil soldados aprendieron rápidamente el “Latinxua” y las órdenes del Ejército rojo comenzaron a transmitirse en los nuevos caracteres.

Naturalmente que muy pronto se trató de llevar los efectos populares del nuevo sistema hasta sus últimos extremos, adoptándole por decisión gubernamental. Los comunistas no ha vacilado, utilizando todos los “camuflajes” políticos en ellos habituales, de proponérselo a Chan Kai Chek; pero, según el P. Corta, todavía está lejos el momento en que un decreto autorice la propaganda franca y en gran escala de este movimiento latinizador de los comunistas.

El nuevo sistema ha ido acompañado siempre de una descarada violencia subversiva. A la vez que se enseña a leer y escribir, se incita a sublevarse contra los letrados opresores del pueblo.

En los párrafos finales de su interesante estudio el P. Corta escribe: “El solo hecho de que los enemigos de la Iglesia, sobre todo los comunistas, quieran apoderarse de esta gran

masa para sus perversos fines, excitando a la sublevación del proletariado contra la clase literaria y dominante, debería ser motivo para no abandonar por completo este campo al enemigo”.

● PAZ EN EUROPA Y PAZ EN EL MUNDO.

Reproducimos sin comentario un artículo de Chan Kai Chek, publicado en “L'Europeo quaiunque”, de Italia, de 31 de diciembre último:

“Firmemente decidido a restablecer el orden y la democracia en mi país, que, sin comparaciones, puede definirse como el más infeliz del mundo, miro con ansiedad lo que acontece muy lejos de nosotros, hacia el Oeste, hacia Europa, Continente de donde han surgido los faros luminosos del progreso moderno y las ideologías más atrevidas. Nosotros, en China, no podemos empeñarnos seriamente en la reconstrucción antes de que Europa se haya encontrado a sí misma, haya entrado otra vez en el cauce de su milenaria civilización y haya dado la señal de partida que ella sola puede dar.

La inmensa tragedia que desde comienzos del siglo está agitando a China no es bien conocida por los países occidentales. Estos, en gran parte, ignoran las desgracias que nuestro pueblo ha soportado pacientemente, sin doblegar nunca la cabeza por el desaliento. Aun hoy la paz no es perfecta en China. No es fácil quitar las armas de las manos a quienes las han usado desde hace muchos años. No es cosa sencilla apagar las ambiciones improvisadas o largamente meditadas de aquéllos que no pueden estar inmediatamente satisfechos por la posición en que se encuentran en la postguerra. Este fenómeno no es solamente chino, sino común a todos: vencidos y vencedores.

Si Europa ha visto en menos de treinta años dos espantosos conflictos, ¿qué no ha visto China en medio siglo de guerras, epidemias, catástrofes que han causado la pérdida de sesenta millones de vidas humanas? Sin embargo, nuestro pueblo, bueno y callado, no ha dejado de esperar y ha continuado impasible la durísima lucha contra los hombres y contra los elementos. Y no ha acabado. ¡Cuánta amargura siento al tener que admitir que las desgracias no han terminado todavía!

Después de la victoria de las armas esperé ardientemente que para todos los pueblos empezase una era de paz, de trabajo, de reconstrucción, de prosperidad, en una palabra. Han pasado veinte meses y no es así. Pasiones violentas se desencadenan por todas partes. Los hombres parecen poseídos

por pérfidos demonios que les aconsejan el mal, con el riesgo de hacerlos precipitar en un abismo sin fondo.

He vuelto en seguida los ojos hacia Europa. Dije a mí mismo que después de un acontecimiento tan trágico ciertos problemas no podían resolverse, naturalmente, de una vez. Pero he esperado. Sabía que solamente el bienestar de Europa era el que podía traer el bienestar para todos. Estoy firmemente convencido de que si hay paz en Europa la hay en el mundo. Una vez una gran nación creyó poderse encerrar en un espléndido aislamiento, pensando egoístamente que era mejor producir para sí que sufrir por los demás. Pocos años fueron suficientes para hacerle reconocer el enorme error que había cometido.

El mundo es como el cuerpo humano. Una pequeña herida hace que duela todo. Así, hoy todo lo que acontece en una nación interesa e influye en todas las demás. ¿Por qué está Europa tan agitada? En ella viven vencedores y vencidos, como ayer y como siempre. ¿Debemos ensañarnos con los vencidos? ¿Debemos acaso exterminarlos a todos? No. Esto es imposible. Nos hemos batido para destruir a los que, inspirados por una desenfrenada ambición, habían pisoteado los derechos del hombre. Ahora debemos imponer estos sagrados derechos y hacer de manera que puedan sobrevivir eternamente a nosotros y hacer feliz a la humanidad. Si nos ensañásemos con los vencidos cometeríamos un grave error y no haríamos otra cosa sino aplazar para el mañana su represalia. Locos que exaltan a las masas, desgraciadamente, han existido siempre, y ahora pudiera haber alguno que intentase hacer lo mismo.

Europa es el centro de nuestro mundo. Cuando ella está agitada todo el mundo se agita. Si ella es feliz todo el mundo prospera.

Yo veo con profunda amargura que se perfilan acontecimientos que podrían arrojarnos en el caos. El fin de la guerra parece que quiere dejarnos como herencia la política de los bloques y las ideologías. ¿Por qué?

En Europa existe una barrera que divide los pueblos y que tiene solamente un nombre: ideología. ¿Es posible que una idea, o ciertos sistemas, pueda llevar a la humanidad a la destrucción? Unos dicen: Nosotros somos la luz viva y nueva del porvenir; queremos abolir el oscurantismo, regenerar los pueblos e igualar los bienes. ¿Es verdad todo esto? ¿Es posible que todos seamos iguales?

Un sabio nuestro de tiempos remotos dijo: "Es deber del hombre hacer todos los esfuerzos para elevarse en el espíritu

y en los bienes. Cuanto más se eleve, tanto más puede ser útil a los demás”.

Otros dicen: Queremos defender aquel bien supremo que es la democracia. Nadie puede imponer a los demás su propio credo. El hombre es libre y como tal debe permanecer.

Yo no quiero juzgar, pero solamente quisiera que hombres de mente sana pudiesen recoger de la experiencia lo que es más útil para todos. De ser así no habría motivos para temer a ejércitos aun armados.

Sólo las ideologías dividen a Europa e impiden su resurgimiento. La guerra no ha trazado surcos insuperables. Los problemas políticos son mínimos.

Uno, nada más que uno, es importante: Trieste. Pero para nosotros, chinos, es un punto microscópico y no podemos considerarlo con seriedad. ¿Qué representan pocos kilómetros cuadrados frente al infinito? China no tiene reivindicaciones que presentar. Se guardaría muy bien de querer subyugar aunque fuese a uno solo de los súbditos de otra nación.

De Trieste llegaban hasta nosotros barcos con bandera italiana y a esta lengua pertenecían sus marinos. Hablaban siempre de Italia con amor y nostalgia infinitas. ¿No es acaso italiana Trieste? Si su puerto es necesario para la vida de otras naciones, que sea convertido en puerto franco, que venga asegurada a todos la libertad de comercio y que constituya un punto de reunión entre diversas gentes para el bien común.

Que la paz sea generosa con los vencidos. Que se dé a éstos la seguridad de que pueden renacer y vivir como los demás en la sociedad humana. Yo no podría concebir a Italia, madre e inspiradora de nobles bellezas, como una tierra de míseros. No hay que confundir a los jefes con los pueblos, y sea dicho esto para todos los vencidos y sirva de amonestación para los vencedores”.

● LOS PROTESTANTES EN CUBA.

El semanario independiente “El Siglo”, Habana, Cuba, publicó un artículo de Hipólito Vidal intitulado “Descubanizan al nativo las prédicas del protestantismo”.

Empieza asentando que “el catolicismo nacional no constituye un peligro político por la influencia que pudiera tener en el desenvolvimiento de las cosas públicas cubanas. Apenas si hace falta argumentar en favor de la idea que acabamos de exponer, ya que todos y cada uno de los cubanos estamos convencidos de ella, cualquiera que sea nuestro punto de vista

personal y privativo... El ciego cubano siempre ha sido, venturosamente, tan tolerante como nacionalista, tan impregnado de verdadero sentido fraterno y cristiano como fiel a las normas liberales que rigen nuestra vida”.

Pasa ahora a otro aspecto, que “la propaganda protestante desarraiga en el cubano las antiguas tradiciones de nuestra patria”.

“Con la desaparición de la soberanía española en Cuba, empezaron a llegar a nuestras playas ardientes propagandistas de otras religiones que la Metrópoli no había tolerado nunca, particularmente la judía y la protestante”. El articulista les reconoce como méritos a esas sectas “el perfeccionamiento y superación constantes de la moral ciudadana y el respeto a la ley, además de contribuir también, de modo poderoso, a la difusión de la enseñanza, por medio de los numerosos colegios que han establecido en Cuba”. Y notemos: “Las escuelas y planteles protestantes han sido, sin duda, EL MAS PODEROSO AGENTE DE PROPAGANDA para esas religiones, que no contaban con fieles en el instante en que Cuba se convirtió en una nación independiente, y que, en la actualidad, agrupan adeptos en número considerable”.

Habla aquí de por qué examina el panorama religioso cubano; es que ha descubierto “los peligros que entrañan para el desarrollo de un verdadero cubanismo aquellas religiones que no llevan al alma de los pueblos el acendrado concepto del patriotismo y de la nacionalidad”.

Tal es, a su juicio, el protestantismo. Y lo sensibiliza en un hecho. “Se trata de una familia cubana. Es una mujer, viuda y madre de seis hijos. Los tres mayores fueron educados en colegios católicos y actualmente conservan en toda su integridad y pureza el espíritu cubano, y aunque el racionalismo haya podido prender en sus espíritus, los tres son, por lo menos nominalmente, católicos. Lo cierto es que la educación ha hecho de ellos tres ciudadanos que se sienten profunda y estrechamente ligados a la nacionalidad cubana”.

“En cambio, los tres hijos menores fueron educados en colegios protestantes... Dos de ellos son profesores, a su vez, en colegios protestantes y se han dedicado afanosamente a la Teología, con la dolorosa particularidad de que al parecer no se sienten ligados a la patria cubana, al extremo de que sus costumbres, su manera de vivir e incluso su manera de pensar y hasta sus comidas se asemejan a las americanas”.

Hubo un hecho muy sintomático en la familia: la esposa de uno de los hijos protestantes, significó a su suegra que ella estimaba a su marido como “el verdadero cristiano” y “el único llamado a proteger a su madre, es decir, el único de

sentimientos morales suficientemente firmes y acendrados como para cumplir sus deberes filiales". La madre reaccionó con plena dignidad, respondiendo a su nuera que "desde hacía largo tiempo, sus otros hijos, aunque no pertenecían a la religión de su hermano, la venía ayudando habitualmente y con arreglo a sus posibilidades; lo que bastaba para demostrar que, sin alardes de ningún género, tenían de sus deberes filiales y morales un alto y generoso concepto".

"Hasta aquí la anécdota —prosigue Vidal—. El caso que hemos reseñado no es sino uno más de los muchos que existen en la República... Hemos querido destacar algo que constituye preocupación vivísima de nuestro espíritu desde hace largo tiempo: un fenómeno social no por exacto menos doloroso. Ese tipo de propaganda, aunque tiende a elevar el concepto de la moral cristiana, a la vez, creemos que no imbuje suficientemente en los espíritus el patriotismo cubano".

"Por una extraña razón que no somos nosotros los llamados a investigar, el protestante de Cuba se siente menos cubano que los ciudadanos de otras religiones. Llega a vivir, a pensar, a sentir, hasta a comer, en extranjero; no quiere asimilar nuestras tradiciones y rechaza con no disimulado desdén nuestros afanes. Llega a convertirse en un extraño dentro de su propia patria. Y éste es un síntoma que revive indudables peligros para la República".

"Conste, pues, una vez más, que no queremos atacar o defender religión ninguna. Nos limitamos a exponer un hecho, a dar la voz de alerta a los inspiradores de esa religión sobre una realidad palpable, tangible, de cada pueblo y de cada día. Mientras la educación católica o laica forma ciudadanos que sienten en el fondo de su alma el amor a la tierra donde abrieron los ojos a la luz primera, la educación protestante, insensiblemente, seguramente sin el más mínimo objetivo oculto, realiza la labor opuesta, ¡descubaniza a los cubanos! Y esto es algo que, como cubanos, nos hiere en el más profundo rincón de nuestra alma".

Esta es la primera vez, que sepamos, que semejante tema se trae al público por un seglar y de una manera completamente neutral, por decirlo así; lo que añade singular fuerza a su testimonio. Hay, desde luego, varias precisiones y respuestas que dar a su autor, pero nos basta haber presentado esta reacción nacional del patriotismo cubano ante la invasión desnacionalizante de las sectas.

MARSHALL PESIMISTA.

Muchas Cartas y Conferencias “de paz” han desfilado ante nosotros. Cuando, en más de alguna ocasión, nos hemos permitido dudar de su eficacia y anunciar su esterilidad, han faltado palabras para calificar nuestra insólita actitud. Era demasiado osadía alzar la voz para poner en tela de juicio las afirmaciones de los Grandes. No importaba que éstas estuvieran en franca oposición con su propio comportamiento, la técnica del “nuevo Derecho Internacional” no tardaría en obtener su conciliación. Las declaraciones de los constructores de la paz —que en otro tiempo lo fueron de la guerra— siempre tuvieron una fuerte dosis de optimismo, capaz de mantener en pie la artificial confianza que habían logrado obtener en algunos sectores de la humanidad. Ahora, en vísperas de una nueva Conferencia, hemos podido constatar que no sólo los agoreros carecen de ese optimismo que otros, todavía, derrochan en abundancia.

El Secretario de Estado norteamericano, general George Marshall, antes de partir a Moscú a la Conferencia de Cancilleres, expresó que “dudaba que la Conferencia de las cuatro grandes potencias alcance completamente la meta señalada de establecer la paz en Europa”. Y agregó que “el mundo no debe esperar mucho de los Cancilleres”. Dos escuetas declaraciones que llenarán de confusión a los abanderados del “optimismo”. De nada servirán los esfuerzos por conseguir una paz estable, mientras los hombres —especialmente los “grandes”— caminen impulsados sólo por el egoísmo y las ambiciones. Cuando en su lugar veamos la caridad y el amor, podremos tener esperanzas. Antes no. Marshall sabe bien que ese momento no ha llegado aún. De ahí su escepticismo.

● LA CRISTIANDAD EN EL JAPON.

Aunque afectada por la guerra, resurge la cristiandad en el Japón. En 1943 los católicos japoneses sumaban 117,710; la guerra, los bombardeos y sobre todo la destrucción de Hiroshima y Nagasaki por las bombas atómicas redujeron a 109,000. Por los mismos motivos el clero nativo ha disminuído de 161 a 145, dice la agencia “Fides”, que notifica, sin embargo, un aumento de 17 sacerdotes en las filas del clero extranjero que ahora llega al número de 253.

La desproporción entre el clero y los fieles es notable, y lo arduo de la labor sacerdotal se advierte al considerar que los 398 padres que hay actualmente en la nación, no solamente

tienen que atender al centenar de miles de católicos, sino que han de esforzarse por convertir a unos 80.000,000 de paganos.

Nunca había visto orar con tanto fervor y devoción, manifiesta Su Eminencia el Cardenal Norman Gilroy, Arzobispo de Sydney, Australia, después de bendecir la iglesia de Urakani. El Cardenal, que visitó este país recientemente, se detuvo en Nagasaki para saludar al Excmo. Mons. Pablo Aijiro Yamaguchi, Ordinario del lugar, quien fué su compañero de estudios en el Colegio Pontificio de Propaganda Fides, en Roma.

Más de 2,500 fieles asistieron a la Misa que celebró Su Eminencia y casi todos ellos recibieron la Sagrada Eucaristía de su mano.

La publicidad dada por la prensa a la conversión de dos jóvenes pertenecientes a distinguidas familias budistas ha causado gran sensación; y como resultado de ello aumenta considerablemente el número de los que piden ser instruidos en las verdades de la fe.

Ambas muchachas encontraron gran oposición en el seno de sus familias, pero "la fe es fuerte", comenta el R. P. Harold Felsecker, de la Congregación de Maryknoll, que las instruyó en el catolicismo. El padre de una de ellas pertenece a la más alta jerarquía budista y el de la otra es un connotado maestro en una de las principales escuelas de esa religión en el Japón.

● LOS DERECHOS DEL HOMBRE.

"Dios, Creador del humano linaje..."

Aceptada esta primera línea, se habrán eliminado con mano milagrosa la mayor parte de los antagonismos que hoy separan a quienes quieren concertar una paz honorable, escribe "El Catolicismo", órgano de la Arquidiócesis de Bogotá, al comentar la Declaración de Derechos que la "National Catholic Welfare Conference" presentó a la consideración de las Naciones Unidas.

El semanario publicó íntegro el texto de dicha Declaración, que proclama la paternidad universal de Dios, como fundamento de la dignidad humana.

"Para el logro de una paz permanente, es indispensable una declaración de principios. Mientras las naciones no estén de acuerdo sobre ellos, la paz se edificará sobre acuerdos más o menos superficiales", dice el editorial.

"¿De dónde nacen los derechos del hombre?", pregúntase luego, para responder: "De sus deberes ineludibles para con Dios... El es el Autor de la sociedad humana y de las sociedades que llamamos Estados: en una admirable gradación, sobre los derechos individuales de cada cual se construirán los

derechos de la familia, sobre éstos los de las naciones, y sobre éstos los de la raza humana”.

Al hacer la aplicación práctica de la anterior premisa, agrega el semanario:

“El hombre tiene derecho a la vida, porque el Dueño de ella es Dios y sólo El puede marcar su término. Tiene derecho a la sana libertad, porque sólo mediante ella puede rendir a Dios los homenajes a que está obligado, y desarrollar su propia perfección. Tiene derecho a trabajar, porque ese fué el medio que Dios le dió de conservar su vida y asegurar la de sus hijos; tiene derecho a un salario justo, porque no es una máquina, sino un hombre con alma inmortal y dignidad sobreeminente”.

El mismo editorial aprovecha el tema para recordar: “El hinchado individualismo y la diosa razón del siglo XIX fueron los incubadores de la estatolatría y los totalitarismos del siglo XX. Hoy ni los más enconados admiradores del enciclopedismo dejan de reconocer que ese libertinaje absoluto (de la Revolución Francesa) no puede tolerarse ni en lo público ni en lo privado, y que tanto el hombre debe reconocer los derechos de sus conciudadanos, como las naciones los de sus vecinas”.

● HUNGRIA BAJO LA OPRESION COMUNISTA.

“Desde que los ejércitos rojos invadieron Hungría, se ha establecido allí un régimen puramente comunista”, declara el informe de una comisión oficial de la jerarquía eclesiástica húngara, en el que se da a conocer la situación en que se hallan los católicos de aquel país..

“A partir del primer momento —dice el informe— el Partido Comunista inició sus ataques contra la educación cristiana, decretando la suspensión de la enseñanza religiosa, y haciendo objeto de persecución y vejaciones a profesores y alumnos. Asimismo, las organizaciones católicas fueron suprimidas, como consecuencia de una falsa acusación lanzada contra ellas en julio de 1946, tachándolas de antidemocráticas.

“La prensa católica, que tanto florecimiento alcanzó antes de la guerra, se encuentra ahora en situación angustiosa, debido a que no recibe papel, cuya distribución está en manos de los comunistas.

“Al paso que millares de cristianos son enviados a campos de concentración o a Rusia misma, por denuncias que se formulan contra ellos, siguiendo los métodos rusos, el Soviet participa en un 50 % de todas las grandes y medianas empresas industriales y financieras del país”, explica el informe.

“Bajo el antiguo régimen —prosigue la comisión— la Iglesia estaba representada en el Parlamento por su Jerarquía, mas ahora no se permite a los Obispos participar de esa manera en la vida del país. Todo esto ocurre a pesar de que el Partido Independiente, de los pequeños campesinos, sostenido por los católicos, obtuvo la mayoría en las elecciones de gobierno”.

He aquí el concepto comunista de “democracia”.

● EL PUEBLO HUNGARO Y LA PAZ IMPUESTA.

En un ambiente de tristeza y de duelo, motivado por el Tratado de Paz para Hungría que se firmó en París, han tenido lugar en la ciudad de Budapest impresionantes ceremonias religiosas en la Catedral de San Esteban. Los católicos tributaron homenaje a su reliquia nacional, la mano de San Esteban, e hicieron pública adoración del Santísimo Sacramento.

Su Eminencia el Cardenal José Mindszenty, Primado de Hungría, leyó una solemne declaración alusiva al suceso, ante la muchedumbre de personas vestidas de negro o con bandas de ese color sobre las mangas de sus camisas.

“En 1920 —dijo Su Eminencia— el 63,5 % de nuestra población y el 71,3 % de nuestro suelo fueron segregados de Hungría, dándonos en cambio la bolsa del mendigo. En febrero de 1947, se nos mutila nuevamente y en mucha mayor extensión. Un millón de hermanos nuestros viven en esos territorios segregados, en condición de hombres fuera de la ley”.

● LA RELIGIOSIDAD DE GOYA.

El escritor español Pedro Laín Entralgo ha publicado recientemente este artículo que nos parece interesante reproducir:

¿Dónde averiguaremos la religiosidad de un pintor? ¿Sólo, por ventura, en sus cuadros de tema religioso? No. Por lo mismo que la religiosidad pertenece a la dimensión más radical de la existencia humana, toda obra pictórica, hasta la más mundana, es religiosa a su manera. Un pintor expresa la índole de su religiosidad cuando pinta la naturaleza, la figura del hombre o el más modesto de los artefactos. ¿No hay una religiosidad monoteísta en las vasijas de Zurbarán y una religiosidad panteísta en las flores de Renoir?

Esta sutil e innegable verdad no excluye, sin embargo, otra verdad más innegable aún y más patente. Cuando un pintor se ha resuelto a pintar asuntos religiosos, es en estos cuadros donde hay que buscar en primer término, el modo de su religiosidad. ¿Cómo fué la de Goya? Trataré de llegar a una respuesta estudiando uno de sus lienzos religiosos más impresionantes: "La comunión de San José de Calasanz".

¿Lo recordáis? El Santo, genuflecto, con un rostro entre extático y agonizante, caídas la manos, recibe la comunión de un sacerdote de barba negra y violenta. El sacerdote se inclina sobre el Santo con gesto devoto y terrible. No es dulce ni sosegada esta sobrecogedora comunión. "Cuántas veces comiereis este pan.—decía San Pablo a los corintios—, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga". Administrando pan de vida, ese sacerdote de Goya nos está recordando con su faz, con el gesto vehemente, casi amenazador, de su cuerpo, la frase tremenda de San Pablo. En torno al sacerdote y al Santo se aprieta una densa multitud humana: niños de cara absorta, hombres pálidos y anhelantes, ninguna mujer. Las dos figuras centrales son una ojiva humana que se alza, enajenada del mundo, sobre el denso plinto de las personas circunstantes. Un haz de rayos celestes cae sobre las dos cabezas y las destaca sobre el disperso brillo áureo de los ornamentos sagrados y sobre la compacta penumbra de todo lo demás: hombres, muros, oscuros ropajes.

Tres notas predominantes en el alma de este cuadro excepcional. Digo en el alma del cuadro, no en la del que lo contempla. Son la sinceridad, la violencia vital y algo que llamaré, provisionalmente, extrema necesidad del espíritu.

Es sincero este cuadro religioso. No es teatral, no es vano. Cumple la doble exigencia de la sinceridad: es lo que parece y parece lo que es; parece un cuadro religioso, lo es en verdad. "Respira una fuerza de verdad y un calor de sentimiento que no hubieran sido posibles, a la sazón, en ningún otro país de Europa", dice de él un crítico no español. El problema consiste en saber oír lo que en alta voz nos está diciendo este cuadro, tan sinceramente religioso.

La sinceridad pictórica de Goya nos muestra un sentimiento religioso violento, bronco, casi feroz. "Me gustan esos Cristos lívidos, escuálidos, acardenalados, sanguinosos; esos Cristos que alguien ha llamado feroces", decía Unamuno, convirtiendo en expresión literaria y deliberada todo lo que en Goya fué expresión espontánea. Lo que en Unamuno será apetito de fe —un poco literario, a veces— ha sido en Goya fe conseguida. Pero la fe religiosa de los hombres se expre-

sa a través de su naturaleza primera y de su naturaleza segunda; quiero decir, de su constitución nativa y de los hábitos que constituye su situación histórica: "no son iguales, en cuanto a su apariencia, la fe de Tertuliano y la fe de San Francisco de Sales. Goya, celtíbero por temperamento, por "primera naturaleza", expresa su religiosidad con la terrible y sincera vehemencia de un disciplinante. De ahí la honda, la dolorida violencia vital de este pasmoso lienzo.

La expresión del Santo atestigua la situación agónica de su espíritu; el acto de la comunión, por la violencia vital de la fe con que es cumplido, hace que contiendan muerte y vida en las raíces mismas de su ser. La expresión de las figuras humanas que le rodean revela, por otra parte, la extrema necesidad con que asisten al fervoroso trance. La vida religiosa no tiene aquí la serenidad alegre, severa o augusta del hábito —rostros del Pórtico de la Gloria, santos de Zurbarán, figuras de San Vital, en Rávena—, sino la angustia de la necesidad extrema. Esas cabezas en torno a San José de Calasanz están animadas, sin duda, por almas del siglo XIX: almas entregadas a la pasión de vivir sobre la tierra, a las cuales el dolor o la inminencia de la muerte hacen sentir de modo súbito, angustioso, una esencial y urgente necesidad de Dios. A la misma situación de espíritu ha dado Goya forma pictórica —más dramáticamente aún, si cabe— en otro de sus cuadros religiosos: "La muerte del impenitente".

Goya, todo Goya, pintor y hombre, está presente en este cuadro de su más alta madurez artística y humana: la castidad y la universalidad de su genio nos hablan en el lenguaje de su tiempo —Europa, España, 1820— a todos cuantos, viendo una obra humana, sentimos la imperiosa necesidad de dialogar con el alma de su autor.

R. Y. F.

CRISTAL DE LIBRERIA

“ANTOLOGIA POETICA”, de Francisco Luis Bernárdez. — Colección Austral. Espasa-Calpe Argentina.

Debe decirse que Francisco Luis Bernárdez tiene, además de sus calidades poéticas, un papel que ha sabido asumir dentro de la historia de la poesía de habla hispana: el de precursor de un estilo que es, además, y por verdadero, un espíritu de claridad, de orden, de armonía y de belleza. En los momentos en que toda la poesía fué sólo imagen y complacencia sensorial —superficialísima, que a ella pudo llamar Quevedo “fuego artificial farsante que es humo, y representa estrellas”, o con atisbos metafísicos—, Bernárdez, libertándose del caos, guiado por un instinto poético certero quiso crear, separando de las tinieblas frías, la dorada luz. Instinto certero que esta antología nos demuestra, pues si disimulamos su variedad, atentos a lo fundamental, podemos testificar la existencia de una línea recta de afirmaciones que van, de lo humano —carne y alma—, elevándose hasta las puras fuentes del espíritu; una perfección formal que se inicia casi rotunda y plena, se mantiene a través de los sucesivos libros de veinte años de poesía, intensificándose, y, con elementos aparentemente idénticos en el vocabulario y en la forma, una riqueza de temas, de matices, de calidades espirituales de que otros poetas están exentos. Véanse, por ejemplo, al respecto, en los sonetos dedicados a los grandes músicos: Mozart, Bach, Haendel, Schuman, Beethoven, Chopin, Gluck, Palestrina, cómo ha sabido calificar a cada uno en lo imponderable que su música tiene y en la resonancia que en el corazón del poeta adquiere:

Soneto a Bach

Quiero subir por tu escalera de oro
hacia ese mundo sin dolor ni viento
desde donde tu limpio sentimiento,
me está llamando con amor sonoro.
Quiero subir en busca del tesoro
presentido en la gracia de tu acento,
más allá de este júbilo que siento,
más allá de estas lágrimas que lloro.
Quiero subir, desnudo de mí mismo,
viendo que todo en el creciente abismo
se vuelve más pequeño y más fugaz,
mientras el alma, cada vez más pura
y tu voz, cada vez menos oscura,
se van fundiendo en una sola paz.

Soneto a Beethoven

Cantas, y el universo que me abruma
se olvida de su peso doloroso
y descansa en mi pecho silencioso
con ser de flor y condición de pluma.
Lloras, y en este mar de noche y bruma
donde suena tu llanto melodioso
la emoción del abismo tenebroso
resplandece en tu voz como en su espuma.
Sueñas, y las figuras y las formas
ya no tienen más leyes ni más normas
que las de tu alegría y tu dolor.
Hablas, y las preguntas de la vida
reciben en la tierra conmovida
la profunda respuesta de tu amor.

Hay quienes dirán que esto es una vuelta al clasicismo. Generalmente, los que tal dicen, no han leído a los clásicos después del colegio o se dejan engañar, necesaria y forzosamente para ellos, por meras apariencias. Aquí no hay retorno, porque no hay limitación; aquí existe toda la historia de la última poesía, incluyendo las más arriesgadas escuelas, involucrada, superada en una decantación que la purifica de sus barroquismos y romanticismos gruesos. Es una poesía limpia desde dentro, tormento alzado a serenidad, acabados los "hervores y gustos gruesos del sentido", como diría San Juan de la Cruz.

Nobleza, dignidad, perfección de contenido y continente, es lo que hemos comprobado en esta antología que resume la obra de veinte años de un poeta legítimo, y cuya madurez de luz y de armonía, señalándole como de los mayores poetas de esta tierra americana, no es término de labor sino exigencia de mayor empresa que colme su vocación y destino.

Roque Esteban Scarpa.

**"LA CORTEZA TERRESTRE", por Carroll Lane Fenton. —
Espasa-Calpe Argentina, octubre 1946, 343 págs.**

El conocido geólogo argentino don Alejandro F. Bordas ha hecho una interesante traducción y adaptación de la obra de Lane Fenton. Para quienes se interesen por iniciar los apasionantes estudios geológicos el libro es de mucha utilidad. En forma amena y ordenada expone el autor las diferentes teorías sobre el origen de la tierra, los procedimientos empleados para calcular su edad, los focos de calor y lavas, los elementos y minerales, los movimientos de la corteza y su efecto en las rocas, la acción de los vientos, glaciares, etc., fósiles, ór-

denes, edades y eras. Desde el pintoresco cálculo efectuado por James Ussher, arzobispo de Armagh, en 1654, quién fijó como fecha de la creación de nuestro planeta el 26 de octubre de 4004, A. C., a las 9 de la mañana, hasta la mareadora edad de 3.160.000,000 de años asignada a la tierra por las modernas observaciones sobre descomposición del uranio, hay un largo camino de hipótesis, teorías y observaciones sucintamente expuestas por el señor Lane Fenton.

También en la paleontología los últimos lustros han hecho grandes avances y el cuadro de los primeros seres vivientes y de su desarrollo es ya muy completo. Lejos están las apreciaciones del gobernador Dudley, de Nueva York, quien, en julio de 1706, escribió lo siguiente sobre un diente de mastodonte:

“Supongo que todos los cirujanos de la ciudad lo han visto y soy de la opinión de que fué un diente humano. Lo medí, y tenía de pie 6 pulgadas menos un octavo de alto y en redondo 13 pulgadas menos un octavo, y su peso en la balanza era de 2 libras y 4 onzas, peso de Troy. Soy de la opinión de que el diente no puede corresponder más que a un cuerpo humano, para quien sólo el diluvio pudo prepararle un funeral; y sin duda él vadeó mientras pudo mantener su cabeza por encima de las muchedumbres, pero debe haber sido al final confundido con todas las otras criaturas y el nuevo sedimento después de la inundación, le dió la profundidad que encontramos ahora”.

La adaptación de la obra del señor Lane hecha por don Alejandro Bordas tiene en cada capítulo útiles referencias y aplicaciones a la geología argentina. La edición, finamente presentada, lleva también un apéndice de ilustraciones fotográficas.

En resumen: como los demás títulos de la colección “Nueva ciencia - nueva técnica”, constituye esta publicación un interesante y muy útil aporte a la seria divulgación científica. Su lectura despierta el deseo de profundizar en estas ramas del saber humano, y este hecho es, con seguridad, la mejor recomendación de la obra.

Ph.

NOVEDADES "SPLENDOR"

La Reorganización de la Economía Social (Desarrollo y análisis de la Encíclica Quadragesimo Anno, por Oswald von Nell-Breunning	\$ 165
Nuestra Fe en Cristo, por Luis Koster, S. I.	88
Europa y el Alma del Oriente, por Walter Schubart	77
Ortega y Gasset. Su persona, su doctrina, por Joaquín Iriarte	53
La Autoridad en la Familia y en la Escuela, por Kieffer	90
Lemunantü (Luz del bosque). Araucanía Misional. Una historia novelada	35
Los Santos Padres. Sinopsis desde los tiempos Apostólicos hasta el Siglo Sexto, por Sigfrido Huber (2 tomos)	374
Imitación de Cristo. Obra comentada con citas tomadas de la Biblia, por Ch. Eschoyez	110
La Acción Católica. Ensayo de síntesis, por Pablo Dabin	55

Pedidos a

LIBRERIAS Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Santiago: Av. B. O'Higgins 1626 - Cas. 3746 - Tel. 89145

Valparaíso: Independencia 2042 - Cas. 3296 - Tel. 7168

A LA HORA DE ONCE

ENCONTRARA UD. UN AMBIENTE TRANQUILO Y
AGRADABLE EN

“LA NOVIA”

HUERFANOS ESQ. DE AHUMADA

IMP. "EL ESFUERZO", EYZAGUIRRE 1119. - SANTIAGO

Precio: \$ 8.40

